

Testimonios de personas defensoras
de los Derechos Humanos 2

Danelly Estupiñán Valencia

Colombia



Noviembre de 2021



Euskadi, auzolana, bien común

EUSKO JAURLARITZA

BERDINTASUN, JUSTIZIA
ETA GIZARTE POLITIKETAKO SAILA



GOBIERNO VASCO

DEPARTAMENTO DE IGUALDAD,
JUSTIZIA Y POLÍTICAS SOCIALES

978-84-457-3632-6



Testimonios de personas defensoras
de los Derechos Humanos 2

Danelly Estupiñán Valencia

Colombia

EUSKO JAURLARITZA



GOBIERNO VASCO

BERDINTASUN, JUSTIZIA
ETA GIZARTE POLITIKETAKO SAILA

DEPARTAMENTO DE IGUALDAD,
JUSTICIA Y POLÍTICAS SOCIALES

Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia

Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco

Vitoria-Gasteiz, 2022

Un registro bibliográfico de esta obra puede consultarse
en el catálogo de la Biblioteca General del Gobierno Vasco:
https://www.katalogoak.euskadi.eus/cgi-bin_q81a/abnetclop?SUBC=VEJ/J0001

Edición:

1ª, enero 2022

Tirada:

200 ejemplares

Internet:

www.euskadi.eus

Maquetación:

Quod Sail

Impresión:

Servicio de Imprenta y Reprografía del Gobierno Vasco

D.L.:

LG G 00012-2022

ISBN:

978-84-457-3632-6

Prólogo

El Gobierno Vasco, animado por el impulso y trabajo colectivo de organizaciones vascas de derechos humanos, puso en marcha el Programa Vasco de Protección para Defensoras y Defensores de Derechos Humanos en el año 2011, reafirmando así su compromiso con los derechos humanos y la solidaridad internacional. Este Programa tiene como objetivo proteger a personas defensoras de derechos humanos que vean amenazada su vida o integridad física por la actividad que desarrollan en sus países de origen a través de la acogida en Euskadi por un periodo de seis meses.

La protección a personas defensoras de derechos humanos constituye un ejercicio de responsabilidad y un reto permanente y por ello el programa es una herramienta viva, en permanente revisión y construcción. El Programa es hoy el resultado de múltiples voces que desde el ámbito institucional, organizativo y comunitario, en Euskadi y en otros países y regiones, han ido moldeando esta herramienta de protección y solidaridad.

En la educación en derechos humanos, convivencia y cooperación el aprendizaje de conceptos y contenidos es necesario pero no suficiente por lo que se hace necesario complementarlo con el aprendizaje de la experiencia. La dignidad humana, los derechos humanos, la empatía, la solidaridad, el poder de elegir... además de conceptos son vivencias que se prestan a la experiencia vivida en primera persona para entender su verdadero alcance.

Escuchar el testimonio de las personas defensoras de derechos humanos tiene un impacto pedagógico de gran calado. Se trata de testimonios personales de testigos directos, de protagonistas de experiencias que merecen ser promovidas por su sentido modélico. Experiencias que además, nos permiten entrar en contacto con realidades diferentes que nos hagan salir de nuestras zonas de confort.

Defender y promover los derechos humanos, en su amplia gama y de las maneras más diversas, es una actividad en la que muchas mujeres y hombres reafirman su convicción y su deseo de una sociedad en la que sea posible vivir dignamente y sin ningún temor pese a los obstáculos que cotidianamente enfrentan. Escuchar sus testimonios busca reforzar nuestra capacidad de empatía y promover nuestra solidaridad y compromiso con estas personas y con los derechos humanos que defienden.

Escuchar los testimonios de las personas defensoras de derechos humanos es además una forma de reconocer su trabajo. Con esta serie de Testimonios, el Gobierno Vasco quiere hacer un reconocimiento expreso a su labor y su generosidad.

Las opiniones empleadas y la forma en que aparecen presentados los testimonios en esta colección no implican la expresión de ninguna opinión o juicio alguno por parte del Gobierno Vasco sobre las situaciones relatadas.

Índice

Danelly Estupiñán Valencia

1. Introducción	8
2. Testimonio	12

Danelly Estupiñán Valencia

Lideresa del Palenque Regional El Congal - Buenaventura
Proceso de Comunidades Negras -PCN-
Colombia

1. Introducción

En CEAR-Euskadi llevamos 25 años trabajando en defensa de los derechos humanos de las personas refugiadas, apátridas y migrantes en situación de vulnerabilidad. Denunciamos las causas estructurales de las violencias que generan persecución, amenazas y desplazamientos forzados de población y reivindicamos el derecho de asilo como mecanismo de protección internacional, así como herramientas de protección temporal para personas defensoras de derechos humanos en situación de riesgo, como es el caso del Programa Vasco de Protección.

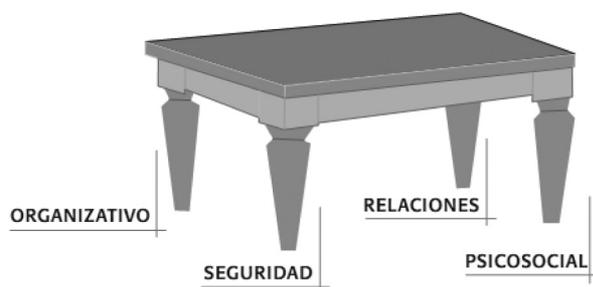
Desde su puesta en marcha, hemos ido incorporando nuevas realidades, enfoques y aprendizajes gracias a los saberes de las personas defensoras que han pasado por el Programa, de sus colectivos y comunidades, y de las organizaciones de derechos humanos que hemos participado en esta construcción colectiva.

Así, entendemos la PROTECCIÓN como el conjunto de acciones y estrategias que las personas, las comunidades y los colectivos desarrollamos para crear y ampliar espacios seguros de vida y de trabajo, para prevenir los daños y para reaccionar frente a los riesgos. Se trata, por tanto, de incorporar una mirada integral y feminista que ponga en el centro no solo la ausencia de amenazas, sino el bienestar, atendiendo a las dimensiones personales, sociales y comunitarias.

En este enfoque, lo colectivo cobra especial relevancia para enfrentar las amenazas derivadas del sistema capitalista y heteropatriarcal. No es casualidad que hoy en día, las activistas feministas y las personas que defienden la tierra, el territorio y los bienes comunes sean las que se encuentran en una situación de mayor riesgo.

Este enfoque de PROTECCIÓN INTEGRAL tiene en cuenta cuatro dimensiones: lo organizativo, las relaciones, lo psicosocial y la seguridad. Estas se representan a través de una mesa de cuatro patas¹. Si una de ellas se recorta, la mesa en su conjunto se tambalea.

1 Concepto desarrollado por el Colectivo ANSUR, organización que ha acompañado al Programa Vasco de Protección para Defensoras y Defensores de Derechos Humanos en sus 10 años de andadura.



Lo **organizacional** son aquellos elementos internos o de funcionamiento de la organización que favorecen una mayor seguridad institucional: espacios formativos internos sobre protección, toma de decisiones, metodologías para elaborar análisis de contexto, de riesgo y de sistematización de incidentes de seguridad, fomento de liderazgos colectivos.

Las **relaciones** son las redes, alianzas y espacios de coordinación a nivel nacional e internacional, la revisión de las mismas y los mecanismos para aumentarlas y para mantenerlas, incluyendo la relación con las autoridades en clave de incidencia.

Las **medidas de seguridad** son las prácticas que hacen ganar en seguridad, que permiten pensar en modos de actuar para prevenir o reaccionar: manejo de la información, protocolos de actuación, planes de emergencia.

Finalmente, los **aspectos psicosociales** incluyen todo aquello que garantiza el bienestar de las personas: formas de afrontamiento de los impactos de la violencia, mecanismos internos de expresión de emociones, manejo del miedo o prevención del desgaste derivado del contexto y del estrés.

Este es el enfoque que guía nuestro trabajo en protección y nuestro compromiso con la defensa de los derechos humanos.

Danelly Estupiñán Valencia, lideresa del Proceso de Comunidades Negras (PCN) en Buenaventura llegó a Euskadi en 2018, de la mano de la organización vasca Emigradas sin fronteras. Las amenazas derivadas de su defensa de los derechos étnico-territoriales forzaron su salida temporal de Colombia.

Este testimonio es el resultado de tres días de encuentros y conversaciones con Leire Lasa Fernández, responsable del Programa Vasco de Protección en CEAR-Euskadi. En las oficinas del PCN de Buenaventura Danelly nos compartió un valioso relato sobre su trayectoria vital y política. Un relato generoso, honesto y valiente, contado con el cuerpo, con la emoción que atraviesa la lucha de las mujeres negras del Pacífico colombiano por una vida digna y en paz.

Las siguientes páginas recogen la voz de Danelly, las voces de la Buenaventura negra, comunitaria y ancestral que resiste defendiendo la vida, el mar, los ríos y manglares, el baile y la música, las formas propias de organización y de permanencia en sus territorios. Voces que constituyen un aporte fundamental para la defensa de los derechos humanos y la justicia social, así como para la visibilización y erradicación de las causas estructurales generadoras de discriminación y violencias.

Emigrad@s Sin Fronteras

Emigrad@s Sin Fronteras, asume el proceso de protección de personas defensoras de los derechos humanos como un mandato institucional dentro de una de sus líneas estratégicas de trabajo como es la promoción y defensa de los derechos humanos. Por esta razón, toma la decisión, de hacer parte de como una de las organizaciones del Programa Vasco de Protección Temporal a Defensores y Defensoras de Derechos Humanos, del Gobierno Vasco, liderado por Cear Euskadi.

En este marco, en el 2018, propone la candidatura de la defensora Danelly Estupiñán Valencia, quien en ese momento hacia parte de la organización PROCESO DE COMUNIDADES NEGRAS (PCN). Es una reconocida activista local y regional la cual ha contribuido a la visibilización de la problemática social, cultural y económica generada tras las dinámicas del capital en Buenaventura. La defensora de derechos humanos venía realizando investigaciones sobre los impactos negativos de la estrategia de expansión portuaria en Buenaventura, razón por la cual fue amenazada en el 2015 después de publicar una de sus investigaciones locales la cual desvela los efectos del megaproyecto portuario TCBUEN en el barrio inmaculada comuna 5 de Buenaventura denominado: Más puerto; menos comunidad-impactos de la expansión portuaria en el barrio inmaculada. En la actualidad sigue trabajando por la defensa del territorio de Buenaventura para vivir en paz y dignidad en el territorio.

2. Testimonio

Mi nombre es Danelly Estupiñán Valencia. Nací el 22 de octubre de 1979 en Charambirá, una hermosa playa del Pacífico, ubicada al sur de departamento del Chocó, a eso de las seis de la mañana, después de una noche de dolores de parto atendidos por mi propia madre con sus saberes ancestrales. Aquella noche, con su experticia de sabedora, encendió su fogón de leña, tomó el machete, lo limpió con alcohol y, con delicadeza, lo puso al fuego para esterilizarlo. Seguidamente dispuso hojas de guayabo con dos patas de hormiga arriera para tostarlas y las colocó en un pedazo de trapo blanco para restregarlas con firmeza con su dedo índice hasta que se transformaron en polvo, que guardó en un papel para obligarme, una vez yo hubiera nacido.

Cuando despuntaban los primeros rayos de sol en el horizonte, mi madre se encerró en una habitación de la casa donde vivía con mis hermanas y mi padre, alejándose del mundo por un instante y encontrándose sola con la milenaria tradición de sus antepasadas. Los dolores que anunciaban mi llegada aumentaron gradualmente mientras ella hacía uso de todos los remedios que aplicaba a otras parturientas. El sudor, el intenso dolor y el agobio fueron disminuyendo sin que por un instante perdiera aquella sagrada conexión. Cuando el reloj marcó las seis de la mañana se postró de rodillas para dar paso a la nueva vida que surgía de su vientre. Casi exhausta y manteniendo el control de la situación, valientemente tomó el machete que había esterilizado, lo limpió nuevamente con alcohol y cortó el cordón umbilical. Me tomó entre sus brazos y luego de apreciarme con amor, recorrió delicadamente con sus dedos mis mejillas, mis cejas, mis orejas y mis manos. Me acostó en una batea destinada para tal fin, y con la misma paciencia se dedicó a sacar la placenta de su cuerpo. Entre tanto, mi llanto alertó a los familiares de la casa que saltaron de sus camas y empezaron a buscar de dónde provenía, llegando hasta la habitación todavía cerrada. Una de mis hermanas mayores pudo treparse por una pared e ingresar para abrir la habitación. Allí estaba mi madre, agotada, así que mamá Choa¹ le ayudó a terminar de sacar la placenta que luego fue enterrada al lado de uno de los horcones² de la casa. Me bañaron con agua de albahaca calentada al sol. Encendieron una vela de sebo y con esta untaron un pedazo de trapo limpio, lo calentaron en la llama para pringar una y otra vez mi ombligo, secando así la humedad que provocó aquel primer baño. Unos días después mi ombligo cayó. Lo curaron con el polvillo mágico de arriera y guayabo durante 9 días, cubriéndolo celosamente con esparadrapo.

Fue así como mi madre, Doña Filo, me regaló este ombligo que no me deja caer y que me convirtió en la mujer que soy. Ella dice que me ombligó con guayabo porque es un árbol fuerte casi imposible de tumbar por muy pequeño que éste sea, y la arriera es una hormiga que trabaja día y noche, es decir, yo soy guayabo y soy arriera, tengo un poquito de planta y de animal en mi ser. Mi ombligo está allá, sembrado debajo de la casa donde nací, en Charambirá, lugar que aún no conozco.

Mi infancia... y jovenciando en Buenaventura

Al cumplir mi primer año de vida, mi familia migró a Buenaventura, estableciéndonos en el barrio Miraflores de la comuna 6. En nuestra cultura, con el nacimiento de una niña, se siembra un árbol frutal, y un árbol maderable en el caso de los niños. Mi papá y yo sembramos una palma de coco que él trajo de Mulatos, una playa muy bonita del Pacífico sur, lugar de su nacimiento. Como no teníamos finca, pidió permiso y la sembramos en el terreno de un tío: hizo un hueco en la tierra y me dijo que esa palma era yo, que íbamos a crecer juntas y que sus frutos serían mis frutos. La palma fue creciendo conmigo y es mi coteja. Acá la coteja de uno es como el par. Aunque no creció en mi casa, de vez en cuando la visitábamos, cogíamos los cocos, los comíamos y la cuidábamos rozándola, echándole agua, muy pendientes para que no se fuera a secar. Este ritual nos vincula al territorio y fue así como mi padre me ligó con Buenaventura urbana.

1 Forma cariñosa de nombrar a una mujer sabedora de Charanbira (Chocó).

2 Base de madera que sostiene las construcciones tradicionales como casa, azoteas. Si estas bases no son lo suficientemente resistentes y finas la estructura se cae. El horcón debe perdurar en el tiempo pese a las condiciones del terreno, si se debilitan deben ser cambiadas o reforzadas, porque es lo que sostiene la infraestructura.

Mi infancia fue muy bonita. Me divertía mucho con los juegos tradicionales y estaba muy cerca de mi mamá, aprendiendo mucho de ella y por eso la imitaba haciendo de curandera o médica tradicional y jugando con plantas medicinales. Las cogía y preparaba los brebajes que mi madre, Doña Filo, hacía para curar a las personas enfermas del barrio. El juego era interminable. Después de hacer la botella curada, hacía el tratamiento a los enfermos, las visitas, los sobijos con hierbas, y así pasaba las tardes haciendo de curandera. Les hacía remedio a las muñecas, a los pollos, a mis hermanas. Ellas me decían que yo había salido bruja como mi mamá y eso me gustaba.

Mi papá era un hombre de raíces europeas, descendiente de vikingos. Sus antepasados llegaron acá en la época de la conquista y la colonia. Su comunidad ha sido muy racista con la gente negra, aunque se mezclaron con ellos.

Mi mamá y mi papá se conocieron y se juntaron. Mi mamá tenía ya nueve hijos y mi papá, cinco. Yo fui la única hija de ambos. Mi mamá fue víctima de racismo por parte de mi papá y de algunos miembros de su familia.

Me crié con 2 de mis hermanas por parte de madre, Esperanza y Carmenza. Mi mamá tuvo que repartir al resto de sus hijas e hijos entre abuelas, tías y amigas porque económicamente no tenía cómo criarlos y sostenerlos a todos, pues los padres nunca respondieron a sus obligaciones.

Crecí y viví hasta los 24 años de edad en el barrio Miraflores. Luego me embaracé de mi única hija y decidí salir de la casa materna y empecé a hacer mi vida sola.

A los hijos de mi papá los conocí desde la distancia. Teníamos buena relación, sobre todo con dos de ellos. Eran constructores navales y tenían lanchas y barcos. Cuando inició la primera etapa de la violencia en el Pacífico, en un viaje que hicieron desde la playa de Mulatos hacia Buenaventura, los desaparecieron. Este fue el primer caso de desaparición forzada que acompañé desde mi trabajo como activista, y en este proceso me llegó un mensaje a través de mi tía, hermana de mi papá, en el que me recomendaban que no los buscara más y que era mejor que dejara eso así, por lo que desistí de la búsqueda, ya que no tenía mayor información de su vida ni de sus familiares, y ellos decidieron no denunciar el caso.

De aquella época recuerdo también las carencias económicas y, sobre todo, cómo aguantábamos hambre física. Mi papá era pescador. Pasaba de 25 a 35 días en el mar, pescando, y lo que aportaba en la semana que estaba en casa para nuestro sostenimiento era muy poco dinero. Cuando volvía a sus faenas de pesca, nosotras volvíamos a aguantar hambre. Muchas veces solamente almorzábamos arroz o ensaladas. En la noche nos tocaba acostarnos a dormir temprano para calmar la fatiga, y en las mañanas, en muchas ocasiones, tampoco había desayunado. En estas circunstancias mi mamá nos dejaba dormir hasta tarde, para levantarnos a la hora del almuerzo. Desde que tengo uso de razón, siempre hubo hambre. Siempre, siempre.

Crecí y estudié, y las carencias estuvieron presentes. Para resolver la alimentación, recurriamos a distintas formas: mis hermanas empezaron a trabajar en casas de familia desde muy pequeñas, por lo tanto, solo lograron terminar la primaria. Como yo era la última hija, tenía cierto manto protector y mi madre, con mucho esfuerzo, me apoyó para terminar el bachillerato. Estudié con mucho sacrificio, sin comida, sin zapatos, con uniforme desgastado por el uso, sin útiles escolares. El día de mi grado de bachillerato no tenía para comprar los zapatos ni alquilar la toga para la ceremonia de graduación. Recuerdo que lloré mucho y odié la pobreza como nunca la había odiado, pues gracias a ella no podía celebrar mi primer logro. El día del último ensayo de la ceremonia estaban entregando los zapatos que fueron hechos para cada estudiante sobre medidas. Costaban 14.000 pesos, unos 10 euros. Mi madre no tenía dinero, por lo que no me los entregaron. Empecé a llorar desconsolada hasta que la madre de una amiga del colegio, Doña Bertha, me pagó los zapatos, diciéndome que era mi regalo de grado. Había otro accesorio más que culturalmente les regalan a los bachilleres en su graduación: un anillo de oro marcado con el nombre y el año. Todas mis amigas lo tenían menos yo, así que encontré en la casa un arete que tenía forma de anillo y aparentaba ser de oro. Me lo puse y me fui a la graduación.

Yo siempre estuve inconforme con la malvada pobreza. Creía que mi vida debía ser distinta: comer bien, ir de paseo, tener el vestido de baño que soñé tanto, vestir bien en Navidad, tener juguetes y, sobre todo,

tener una casa con cuartos o habitaciones, pues en la casita donde vivíamos, nunca hubo. Las camas parecían los muebles de la casa. Eso me daba mucha rabia y me hacía sentir muy vulnerable. Cuando llegaban personas a visitar sentía que invadían nuestra privacidad, pues se sentaban en mi cama, como si fuera un mueble. Yo me enojaba mucho por eso y me escondía debajo de la cama. Salía cuando se iban, no me importaba las horas que tardaban, no salía de allí ni a orinar, esa era mi protesta.

A mis cinco o seis años sufrí un abuso sexual por parte de un vendedor ambulante, acá le llaman “cacharrero cochino”. Ese episodio se borró de mi memoria por más de diez años. Sorpresivamente lo recordé cuando ya había nacido mi hija, a mis 24 años... El recuerdo llegó: fue en una tarde soleada, yo estaba jugando detrás de mi casa, como siempre a la curandera, cuando pasó un hombre blancomestizo de unos 30 años aproximadamente. Con megáfono en mano anunciaba que vendía el mejor remedio para matar las lombrices y desparasitar a los niños, y describía los síntomas: “*Le ofrezco el remedio para las lombrices, desparasitantes. Si su hijo duerme con los ojos entreabiertos, si sus dientes suenan mientras duerme, si tiene el estómago grande, come poco y come mucho dulce, entonces tiene lombrices. Compre el Pipelom, para curarlo de las lombrices*”. Mi madre era una mujer que nos cuidada mucho y siempre estaba dándonos remedios para prevenir enfermedades, así que llamó al hombre y le pidió que le vendiera el remedio. El tipo le dijo que para que el remedio hiciera efecto había que hacer un rezo y lo hacía gratis. Mi madre accedió, pues era muy creyente. Entonces me llamaron, dejé mis juguetes y el señor le dijo a mi madre que me sentara. Le pidió una sábana blanca, me cubrió con ella y le dijo a mi madre que ubicara sus manos sobre mi cabeza y rezara tres padres nuestros y tres ave marías con los ojos cerrados. Entre tanto, él sacó una banana de su bolso, me la puso en la boca, se inclinó, alzó la sabana y metió sus manos en mi ropa interior. Me tocó por mucho tiempo. Antes que mi mamá terminara con el rezo, el sádico dejó de tocarme, se despidió y ella, agradecida, le dio la plata del remedio. Mi madre, al verme comer la banana, comentó que seguramente me la había dado para alborotar las lombrices y después curarlas. Recuerdo que me empezó a picar mucho la vagina y le conté a mi madre. Ella me revisó. Estaba muy irritada y con flujo. Me preguntó qué me había hecho el señor y yo le conté que me dio banana y luego me tocó. Hasta allí llegó el recuerdo. De este doloroso hecho solo logré hablar en una actividad de sanación realizada con unas amigas de la vida, al recordar situaciones de la infancia.

En mi adolescencia y juventud odié mucho a mi madre y no sabía por qué. Me fastidiaba todo lo que me decía y hacía, no permitía que me tocara, sus palabras me hostigaban. Fui muy despectiva con ella. Al recordar de nuevo este episodio triste comprendí que lo que sentía por mi madre era rabia por no haberme protegido, exponiéndome de esa manera a un violador, sobre todo porque ella era médica tradicional y podía curarme.

Hoy, gracias al universo, logré sanar estos sentimientos y pensamientos, y desde entonces restablecí la relación con Doña Filo, le escribí un bello poema que titula, “A mi negra madre Doña Filo”. Allí le declaro mi amor, le pido perdón y la perdono.

A mi Negra Madre (Doña Filo)

Caminé de tu mano, tu espíritu me forjó guiando mí conciencia hacia lo que hoy yo soy.

Te admiré por largos años Negra madre llena de fe. Soy testiga de la luz que de tus manos brotó, curando males, asistiendo partos en el nombre de tu Dios.

Vieja negra de mi alma, perdón te pido por perder la fe, porque al descubrir tu secreto yo no lo valoré. Solté tu mano, salí de vuelo... y apenas hoy regresé bañada de lindos recuerdos de aquella niñez que detesté.

Negra linda de mi alma a la que le debo toditito mi ser, gracias inmensas por la negrura que me distes al nacer.

Gracias mi negra por el ombligo que no me deja caer, yo soy guayabo y también arriera, y solo tú sabes el por qué.

Este poema está en la portada de la monografía de mi maestría, titulada “Doña Filo la curandera del cuerpo y el alma. Aportes de las mujeres negras sabedoras a la pervivencia de las comunidades negras

en Colombia”, la cual fue escrita con el objetivo particular de exaltar el rol que juegan las mujeres negras poseedoras de conocimientos ancestrales en nuestra comunidad y probar cómo las prácticas y valores culturales asociados son la plataforma que sustenta la existencia de la comunidad negra en Colombia. Ellas, mediante sus conocimientos, no solamente cuidan y protegen la vida de la comunidad negra, sino que aportan a la construcción de Colombia como país pluriétnico y multicultural. Esta monografía fue meritoria y tengo el anhelo de publicarla.

De niña, la gente del barrio me regalaba cuadernos, uniformes, zapatos. Me querían mucho porque en Buenaventura todos son negros, y yo era una niña *monita*³. Era una novedad, ser una niña blanquita en el barrio. Eran muy amables conmigo y con mi mamá, me decían *mona*, un apodo que no me gusta, pues yo desde muy pequeña deseé con el alma ser una mujer negra.

Sin embargo, con los compañeros de estudio tenía muchas dificultades. Vivía una fuerte discriminación. Pese a que las personas negras han vivido mucho daño emocional por el racismo, también discriminan a las personas que consideran *paisas* o blancos. En el colegio era el centro de todo. Las niñas me agredían, se burlaban de mí por mi color de piel. Nunca tuve buena relación con las amistades del colegio. Además, era muy tímida. No tenía voz, no hablaba, no participaba, intentaba pasar desapercibida en todo, temía interactuar en ese ambiente discriminador.

Desde siempre quise ser negra, desde que nací. Siempre veía a mi mamá y a mis hermanas, y quería tener su color. Amaba sus cuerpos y su forma de caminar, y recriminaba a Dios porque yo había nacido con ese color tan claro. Me expuse al sol por mucho tiempo porque una amiga me dijo que ella era como yo y el sol la había puesto negra. Así me gané una enfermedad. Me untaba jabón en el rostro y el cuerpo y me exponía al sol por más de 4 horas. Con 15 años tenía la piel muy deteriorada, con manchas en la cara, los brazos... con arrugas prematuras a los 24 años. Cuando fui consciente de esta situación acudí a consulta médica y seguí un tratamiento muy cuidadoso. Desde entonces me cuido mucho del sol, ya no somos buenos amigos. Finalmente, no me volví negra, no lo logré por fuera, pero sí por dentro.

Me reivindicó como una mujer étnicamente negra y construí un argumento para sustentarlo muy bien: lo étnico no tiene nada que ver con lo fenotípico, lo étnico tiene que ver con la historia en común. Mi madre es negra por linaje, su historia es también la mía, su abuela alcanzó a ser esclavizada y sus antepasados vinieron de África. Yo nací y crecí en un territorio étnico, me asimilo culturalmente, practico los valores de la solidaridad, la ayuda mutua, el respeto a los mayores, curo mis enfermedades con plantas, preparo comidas típicas con recetas ancestrales, bailo currulao y, sobre todo, me auto reconozco como parte de la comunidad negra. El auto reconocimiento se inscribe en el derecho a la auto determinación. Nadie puede decir que no soy quien quiero ser: una mujer étnicamente negra, es decir, que mi conciencia es valientemente negra.

Mi vida en comunidad

La vida cotidiana era muy bonita. El barrio era una familia extensa, un ambiente de cuidado colectivo y solidaridad. Mi mamá, generalmente, no salía de casa, permanecía con nosotras porque mi papá estaba en el mar, en la pesca. Los hombres, en la mayoría de los casos, estaban muy ausentes y eran las mujeres quienes estaban al servicio del cuidado, siempre.

Cuando mamá iba a la galería⁴, que era el sitio que más frecuentaba, las vecinas nos cuidaban. Iban a la casa a ver qué estábamos haciendo, si ya habíamos comido... Cocinaban y al mediodía compartían la comida. “*Llévele esto a Doña Filomena*”.

Otra imagen que tengo muy grabada relacionada con el cuidado comunitario era el reparto del pescado que traía mi papá. Una parte se vendía en el barco y otra, la traía a la casa. Era mucho pescado. Lo arreglaban y mi mamá salía a repartir por todo el barrio. Mis hermanas siempre se preguntaban: “¿*Pero mi mamá por qué no lo vende?* ¿Por qué lo tiene que ir a repartir si al día siguiente ya no hay comida, y no hay ni siquiera con qué *comprar?*”. Y mi mamá siempre nos decía: “*A mí me sale mejor regalarlo porque*

3 Mujer o niña que tiene el cabello rubio o castaño claro.

4 Lugar popular donde se venden alimentos que se producen en el campo.

ese regalo, cuando nosotros necesitamos, también lo tenemos". Nunca vendió el pescado. Cuando mi papá llegaba, en toda la calle era bonanza, todos comíamos pescado, eran peces de mar afuera, muy grandes. La gente lo agradecía mucho. Yo tampoco entendía a mi mamá y a veces la cuestionaba mucho, pero con los años entendí que no es bueno comer solo, que lo que das vuelve multiplicado y, sobre todo, que dar y servir a los demás genera una mucha alegría y satisfacción.

Era una vida bonita. Generalmente, los vecinos no peleaban. Arreglaban sus diferencias con el diálogo, debatiendo, escuchándose. Era una solución de amigables componedores. Mi mamá, como matrona, era consultada para casi todo: cómo cuidar la barriga, el embarazo y dar a luz a niños, cómo educarlos. Ella jugaba un rol importante, era referente comunitario: mediaba en conflictos vecinales, aconsejaba a las parejas, a niños que tenían un comportamiento inadecuado con sus padres. A nosotras también nos reconocían por ser sus hijas, nos apreciaban y respetaban mucho.

Recuerdo también que había escuelitas comunitarias en algunas casas del vecindario y allí nosotras aprendimos a leer y a sumar. En el barrio teníamos una señora que era de las pocas que sabía leer y escribir. En las tardes se llevaba a todos los niños y niñas que estábamos en preescolar y nos enseñaba a leer. Su casa era una escuela complementaria. Quienes ya leíamos hacíamos lo mismo con quienes estaban aprendiendo. Yo tuve una escuelita en la casa cuando tenía 12 años más o menos. Empecé a dar clases a niños y niñas de cinco, seis, ocho años. Hacía los oficios y en la tarde, cuando ya terminaba, estábamos ahí, en la casa. Yo era la maestra, los niños y niñas llegaban con su cuadernito, les enseñaba matemáticas y a tomar dictado para ejercitar la escritura y ortografía. En esta actividad no había pago, era un servicio a mi comunidad.

El respeto a las personas mayores era muy importante. La gente adulta tenía la facultad de castigarnos y corregirnos cuando nos peleábamos. Si las agresiones habían sido muy fuertes, nos daban "látigo aconsejado", esto es, nos bajaban los pantalones y nos pegaban en las nalgas: primero la mamá de la una y después, la de la otra. Luego teníamos que darnos la mano, expresar que estábamos en paz y abrazarnos. Volvíamos al juego y las madres seguían vigilantes por si el malestar persistía.

Afortunadamente crecí en un ambiente de cuidado colectivo. Las mujeres de mi barrio eran unas mamás grandes, madres de todos y todas. Eran autoridad, por lo tanto, podíamos recurrir a cualquiera de ellas cuando nos sintiéramos en riesgo, pedir ayuda y obtenerla. Si teníamos sed, en cualquier casa nos daban agua, almorzábamos donde nos llegaba la hora de almuerzo. Las señoras eran incapaces de servir almuerzo a sus hijos e hijas y no ofrecerles a los amigos de juego.

Jugábamos en la calle, que era nuestro gran parque de diversiones. El estero Aguacate (brazo de mar) era nuestra piscina. Había peligros, pero ninguno estaba relacionado con el conflicto armado. Más bien eran temas de peleas cotidianas o robos esporádicos. Cuando los ladrones eran capturados, los castigaba la comunidad, exponiéndolos públicamente. Los hombres los golpeaban y las mujeres les daban agua, los aconsejaban y mediaban para que el castigo físico terminara para después, pasearlos por el barrio. No había conflicto armado, ni asesinatos. Dormíamos con las puertas abiertas, sin miedo a la violencia ni a robos. La ropa que se podía quedar tendida en el solar, era guardada por las vecinas para evitar que se humedeciera con alguna llovizna nocturna, más nunca por temor a robos.

Yo crecí en un barrio rodeado de mar, donde las calles eran puentes de madera. A los niños nos gustaba mucho bañarnos, aunque podía ser peligroso. Por esto las mujeres, a veces, salían a vernos nadar y a cuidarnos. También anhelábamos ir al único parque que teníamos en aquella época. Las madres se rotaban el acompañamiento al paseo. Un domingo en la tarde, Doña Miriam organizó la salida al parque con unos 12 niños y niñas, incluidos sus hijos. Las mamás aportaban el dinero del pasaje y aunque no había plata para comprar *mecato*⁵, nos conformábamos con salir de la casa y del barrio a jugar. Para garantizarnos seguridad y control, nos llevaban en fila con instrucciones de comportamiento. A nuestro regreso, entregaban cada niño y niña casa por casa. En ocasiones, se realizaban actividades comunitarias, como rifas, y se guardaban las ganancias para que en la próxima salida nos pudieran comprar un *cholato*⁶ o un chorizo.

5 Dulce o golosina.

6 Refresco hecho con hielo raspado, fruta fresca, leche condensada, salsa de maracuyá y mora, y zumo de limón.

En Navidad, los pesebres y las novenas⁷ se organizaban en comunidad y niños y niñas participábamos con alegría. Por cultura, no se realizaban en las casas, sino que se armaba un pesebre y una novena para todo el barrio. Las señoras gestionaban regalos para los y las niñas que acudían a la novena, animándonos con juegos comunitarios como carrera de encostados⁸, palo encebado⁹ o gallina ciega. La vida en esos barrios era tan agradable que el barrio entero era nuestra gran casa y en ella, las mujeres eran las que estaban alrededor de todas estas estrategias de cuidado colectivo y de mantener la vida en comunidad activa.

Un ejemplo de trabajo comunitario fundamental para la vida en los barrios ocurrió a finales de los 80 del siglo pasado, cuando hombres y mujeres decidieron rellenar artesanalmente sus calles con escombros y basura. Esta no iba a los rellenos sanitarios, sino que llegaba directamente a nuestros barrios, para con ella consolidar tierra firme. La gente literalmente hizo tierra donde había mar. A este proceso de relleno artesanal y de consolidación de territorios con rellenos artesanales (escombros, barro, madera, basura) le denominamos desde 2012, *territorios ganados al mar*.

En este proceso, cuando llegaba el carro de la basura, hombres, mujeres, niños y niñas salíamos con palas para esparcir estos desechos, cubriéndolo luego con barro, escombros y finalmente balastro. Estas calles eran enmarcadas con cercos de tablas de madera hechos por los hombres para que la basura no se la llevara el mar.

Cuando llegaba la basura era una alegría común. Las niñas encontrábamos muñecas, las lavábamos y las utilizábamos como juguetes. Las mujeres se organizaban de una manera maravillosa: preparaban almuerzos, hacían colectas, es decir, unas llevaban la cebolla, otras pollo, otras plátano y papachina¹⁰, y se hacía la olla comunitaria para brindar el almuerzo a toda la gente que estaba trabajando en el relleno, así como la limonada como refresco. Estas *mingas*¹¹ se realizaban sobre todo los fines de semana. El día más nutrido era el domingo, pues los vecinos no tenían que ir a sus trabajos y en lugar de descansar, trabajaban rellenando y disfrutando el encuentro comunitario: bailaban, reían, comían, tomaban cerveza, trabajaban y acordaban las tareas a seguir. Esta dinámica comunitaria era espontánea, muy particular, pues nadie convocaba formalmente, bastaba con que un vecino o vecina saliera con su pala a esparcir basura y el resto se iba sumando, o bastaba con que la volqueta de basura llegara y al grito de “llegó la *galemba*”¹², salíamos a galembiar. Los hombres generalmente participaban de la actividad los fines de semana. Las mujeres estaban toda la semana. Trabajaban en la casa y, cuando terminaban sus oficios domésticos, seguían con la actividad comunitaria del relleno.

Pasaba de todo. La basura que llegaba no era seleccionada. Había desde residuos hospitalarios, orgánicos, no orgánicos... Una locura. Nosotros literalmente vivíamos y convivíamos con la basura. Recuerdo una vez que una amiguita mía se *chuzó*¹³ la manito con la aguja de una jeringuilla, mientras buscábamos juguetes en la basura. Pasaron los días y la mano se le fue inflamando, poniéndose morada, le dio gangrena. Se dieron varios casos y las personas adultas empezaron a prohibir bajar a la basura. En otros barrios también niños y niñas murieron ahogadas en la basura o a causa del tétano.

Esta actividad duró unos cuatro años, hasta que logramos consolidar el barrio para que fuera tierra firme. El barrio donde yo crecí está hoy en día totalmente relleno y sus calles son de tierra firme gracias al esfuerzo comunitario y gracias a nuestros ancestros y ancestros que pensaron en un proyecto de vida colectivo para mejorar las condiciones para vivir sabroso. Cómo no amar con el alma a la Buenaventura de mi niñez, si yo también ayudé a construirla.

7 Ejercicio de devoción que se practica durante nueve días para obtener alguna gracia o pedir por una determinada intención.

8 Juego tradicional donde los participantes cubren sus pies con una bolsa grande e intentan caminar con ella.

9 Juego tradicional que consiste en embarrar un palo de una sustancia grasosa. Los jugadores intentan subir a la cima del palo usando distintas estrategias para evadir la grasa y lograr el objetivo.

10 Fruto típico de la Región Pacífica.

11 Forma de organización propia la cual se recrea cuando es necesario unir fuerzas para realizar actividades como la construcción de una vivienda, la apertura o limpieza de un camino o de una calle para uso comunitario, así como defender un territorio que se encuentra en riesgo.

12 Basura.

13 Pinchar con un objeto con filo.

Nuestros territorios ancestrales colectivos... territorios codiciados: La violencia

En el año 2000 me di cuenta de las primeras muertes violentas en mi barrio, cuando ingresaron grupos paramilitares a Buenaventura. Hasta entonces, la gente moría de vieja.

Antes de ello la dinámica del fin de semana para las y los jóvenes era ir a *buscar fiesta* de un barrio a otro. Allá donde había un equipo de sonido *a toda nota*, se bailaba, se tomaba trago, se interactuaba, se hacían nuevos amigos y amigas. Había una dinámica social y cultural muy activa. Se iba de barrio en barrio, y así se pasaba la noche. Ese era el plan de mis hermanas y las personas jóvenes de la época.

Recuerdo que a finales de los 90, cuando era estudiante de bachillerato, empezamos a escuchar que había “bandas” en Buenaventura. Estas tenían jefes, *pelaos*¹⁴ que peleaban muy bien. No era un tema de armas, sino que tenían mucha habilidad para pelear y se enfrentaban entre barrios. En esa época yo aún era pequeña, sin embargo, mis hermanas, que salían a *buscar fiesta*, hablaban en casa sobre la banda de “Los Macucos”, una de las primeras que hubo. Eran *pelaos* del barrio El Jardín de la comuna 6, que empezaron a pelearse con los del Olímpico. Primero fueron los golpes, después las puñaladas y las balas. Empezaron a matarse. Ya ningún joven podía pasar de un barrio a otro, marcaron fronteras invisibles y había que tener un familiar en el otro barrio para poder ir. En ese tiempo no hacíamos la lectura de que aquello era una dinámica paramilitar. Se creyó que eran bandas, que los *pelaos* estaban endiablados. La gente decía *empaupados* porque muchos peleaban con oraciones que aprendían de memoria y eso les daba cierto poder para ganarles la pelea a sus contradictores. Estas oraciones, que hacían parte del saber ancestral, les daban más fuerza. Algunas estaban relacionadas con la fe cristiana; otras, con la espiritualidad. Había oraciones al duende, un personaje con mucha habilidad, por ello se decía que quien la tenía, era muy buen peleador. También se utilizaba el credo recitado al revés para obtener fuerza y dominar a la persona con la que se interactúa. Esos *pelaos* habían recibido el conocimiento de sus papás y tenían importantes habilidades en el tema mágico-religioso y espiritual. Así esquivaban las balas y la cárcel.

Estos grupos fueron los primeros reclutados y creo no fueron conscientes de que eran utilizados por personas e intereses externos. Haciendo una retrospectiva, las fronteras invisibles en Buenaventura empezaron a finales de los 90.

Seguidamente comenzó el asesinato sistemático de *chanceros*, personas que en un puesto vendían “chance”, un juego de apuesta o de azar, como la lotería. Una empresa se hizo con el monopolio de este juego y empezó a enviar a chanceros y chanceras a nuevos puestos u oficinas ubicadas fuera de los barrios. Al que se resistía, lo mataban. En esa época tampoco hicimos la lectura de que aquello estaba relacionado con la nueva dinámica económica que se estaba forjando.

Para el pueblo étnico bonaverense la violencia ha sido muy dura porque ha estado representada por personas blanco-mestizas siempre: los primeros sicarios traídos de Medellín empezaron a matar a los chanceros y a establecer el negocio de las funerarias, así siguieron matando al azar, presentándose a recoger el cuerpo e inmediatamente ofrecían el servicio velatorio o de funeraria. Nos fuimos dando cuenta de este negocio cuando se obligaba a la gente a velar a sus muertos en las funerarias, mientras que, para nosotros, estos rituales se realizaban tradicionalmente en las casas. En medio de esta violencia criminal aparecían cuerpos decapitados, sin lenguas y con letreros de *sapos*¹⁵ en distintas partes de la ciudad. En este contexto es importante mencionar que la actividad comercial en Buenaventura entre finales de los 80 y mediados de los 90 era ejercida mayoritariamente por personas negras. Luego quedó en manos de los blancos, de los *países*. Así sucedió con San Andresito, una especie de centro comercial tradicional que era todo de personas negras y no quedó ni una. Los arrasaron, los mataron, los sacaron a todos. Al mismo tiempo, asesinaban a los tenderos ubicados en esquinas estratégicas de los barrios. Después llegaba un *paísa* a establecer su tienda, exigiendo a la familia el alquiler del sitio y, a una negación, mataban a la mujer, a los hijos e hijas... La muerte genera dolor y también miedo. Por lo tanto, la gente vendía y así *los países*, a sangre y fuego, se hicieron dueños de todos los negocios

14 Popularmente, jóvenes o niños.

15 Se dice popularmente de la persona que espía la vida íntima de otras y usa la información para obtener dinero o beneficio.

en Buenaventura, mientras los comerciantes nativos quedaron en la calle, en *puesticos* de negocios informales, vendiendo al granel chicles, chontaduros¹⁶, algo de fritanga. Esto se fue convirtiendo en una dinámica barrial en donde se comercializaba pescado, masas, arepas... Hoy esas esquinas están llenas de puestos de salchipapa y comidas rápidas, propiedad de *paisas* o foráneos. Nos volvieron dependientes económicamente y pasamos de propietarios de negocios a empleados o desempleados.

Fue una gran masacre que no dimensionamos. En ese momento, no analizamos que toda esa violencia respondía a un interés económico por el control territorial de los barrios. Los jóvenes que entrenaron para pelear con otros jóvenes y a los que les dieron armas fueron la primera generación de paramilitares que forjaron. Tiempo después, nos dimos cuenta de que aquello era la antesala de la dinámica paramilitar, la antesala del terror.

La gente originaria de Buenaventura piensa que el *paisa* es malo porque fue al *paisa* al que vieron primero codiciando, matando, despojando, y fue el que después enseñó a nuestros jóvenes a matar a sangre fría. Con ellos llegó el sicariato. Uno de los primeros grupos denominados de 'limpieza social' fue "La Escoba". Los viejos decían que eran policías en el día y sicarios en las noches, porque llegaban como los salvadores de la violencia barrial y asesinaban a los jóvenes que ellos mismos habían cooptado, entrenado y armado, a "Los Macucos". Su estrategia fue generar en el consciente colectivo la necesidad de 'limpiar' los barrios de bandoleros, rateros y drogadictos, justificando la existencia de "La Escoba". Nadie reclamaba, la gente prácticamente legitimaba los asesinatos. Así se consolidó en Buenaventura la dinámica paramilitar y se instauró la esfera paraestatal como una institución que hasta hoy persiste.

Igualmente, estos grupos paramilitares enrolaron a la juventud en el consumo de drogas o sustancias psicoactivas, lo que no había sido un problema social en Buenaventura. Los jóvenes eran sanos, ni siquiera fumaban cigarrillo ya que esta actividad era muy mal vista en la comunidad y solo las personas mayores tenían ese derecho. Hoy en día nuestros jóvenes están cautivos de esta siniestra estrategia racista.

Mi vida organizativa en el Proceso de Comunidades Negras (PCN)

Tenía 17 años cuando me vinculé al Proceso de Comunidades Negras (PCN). Lo conocí a través de la Asociación para el Desarrollo Juvenil de la Costa Pacífica "Juventud 500", dinámica organizativa de base urbana y juvenil orgánica del PCN. Esta agrupación trabajaba con estudiantes de colegios y a mí me delegaron para participar en una semana de formación en temas de convivencia y prevención de la drogadicción y el alcoholismo en jóvenes. Esta problemática empezó con la presencia paramilitar como una estrategia para resquebrajar el tejido social. Los conocí y me gustó lo que hacían.

Estuve 3 meses realizando formación política con una dinámica de círculos de estudio y otra que le llamaban "*Miércoles Étnicos*". Aunque muchas veces no tenía dinero, conseguía para pagar mi transporte de ida, y ellos me pagaban el de regreso a casa. Permanecía todo el día allí, aprendiendo a hacer proyectos, a fortalecer mi discurso, a facilitar talleres, hacer metodologías, narrar documentos, conocer sobre temas de racismo, legislación étnica, identidad cultural, comprensión de la cultura afro. "Juventud 500" fue la escuela que me formó políticamente en lo étnico, popular y comunitario. A medida que me integraba, también fui ganando espacio en la organización. En 2003 Juventud 500 cierra su oficina por limitaciones económicas, estableciéndose en la oficina del PCN.

En esa época me vinculo al equipo de Derechos Humanos del PCN. Viví una situación muy compleja porque al inicio, algunas personas, no me aceptaban porque me veían como una mujer blanca. Sin embargo, otras, como Víctor Vidal, hoy alcalde electo de Buenaventura, me acogieron, y yo sentía que quería y podía aportar al proceso organizativo.

Empecé a realizar procesos de documentación de casos de violencia, sobre todo de desaparición forzada, muy, muy altos para ese entonces, pues la violencia en Buenaventura en el 2000 estaba exacerbada. Además, fue la época de las masacres sistemáticas en varios de los ríos y zonas rurales: la masacre del Naya, de Yurumanguí, de Katanga, Raposo, de Sabaletas. No había quien hiciera ese trabajo de documentar, y aunque yo no tenía experiencia, empecé a hacerlo, a hacer acompañamiento

16 Fruto típico de la Región Pacífica.

a víctimas, a participar en procesos de exhumación en los ríos, a hacer talleres para elaborar los duelos, talleres para empoderar a las víctimas, y así me fui formando como defensora de derechos humanos.

Con la información, el PCN emitía anualmente informes autónomos de derechos humanos. Este proceso nos ha permitido documentar sistemáticamente las violencias de Buenaventura desde el año 2000 hasta el 2011, ganándome espacio y reconocimiento al interior de la organización. Inicialmente no salía a representar al PCN porque muchos militantes no me reconocían como mujer negra. Posteriormente, poco a poco, fueron reconociendo mi trabajo político-organizativo, tuve voz y lugar dentro de la organización y también en Buenaventura.

El PCN tenía un discurso frente al racismo. Yo, desde muy chiquita, sin tener conciencia política, tenía afinidad con este tema por mi mamá. Peleaba mucho con mi papá, prácticamente le odiaba, por la manera racista como trataba a mi madre. Él y mis tíos paternos ejercían racismo contra ella. Yo la animaba porque ella se *pordebajaba*, es decir se subvaloraba mucho, se sentía muy inútil porque nunca aprendió a leer. “*Yo no sé estudiar, soy una ignorante*”, decía. Así que la afinidad con el PCN, sobre todo en este tema, surgió de la situación de mi madre, de su sufrimiento y de lo que ella representaba para mí. Cuando empecé a ganar conciencia frente a lo étnico, tuve más elementos para hablar con ella, valorar sus conocimientos y prácticas como médica tradicional.

Los impactos

Inicialmente tuve una época en la que no dimensionaba el riesgo de mi trabajo en Derechos Humanos en el PCN: la gente llegaba, la atendía, les escuchaba, recepcionaba. Estructuraba el caso y realizaba acciones de apoyo jurídico y político a las víctimas.

En 2012 ya contaba con más experiencia política. La situación fue muy compleja porque me llegó el sufrimiento: ser testiga del dolor de las madres y esposas que perdían a sus hijas e hijos y compartir sus padecimientos me llenaba de mucha tristeza. Empecé a tener problemas para conciliar el sueño. Todos los días llegaba gente y solo querían hablar conmigo. Muchas, aunque no me conocían, llegaban referenciadas por otras que les habían dicho: “*Vaya al PCN, y pida hablar con Danelly*”. Esta sobrecarga emocional sin una ética del cuidado me llevó a una situación psicoemocional de mucho agotamiento, cansancio y con dificultades para seguir escuchando más historias llenas de dolor e impotencia. Cuando me llamaban al teléfono respondía: “*No, dígame que no estoy en Buenaventura*”. Ese rechazo estaba relacionado con mi propio dolor, y busqué apoyo.

Para ese entonces conocí a AVRE, una organización con un potente recorrido relacionado con el apoyo psicosocial a víctimas en Colombia, y empecé un proceso formativo con ellos, durante 4 años. Fui adquiriendo mayor conciencia de mi autocuidado y a tener más elementos para compartir con las personas que atendía. Aprendí también a poner límites, porque no tenía: trabajaba 12 horas escuchando a las víctimas, llegaba a casa a transcribir. Me tecnifiqué mucho. Ya tenía grabadora, podía grabar mientras escuchaba, atendiendo. Aprendí a aplicar mecanismos de contención a las víctimas para que la información saliera y el caso no se perdiera. Al mismo tiempo, elaboré reflexiones para las víctimas, para explicarles que esta violencia cruel que estábamos viviendo no era un castigo divino ni era nuestra culpa, tampoco eran personas malas o la habían provocado, sino que era una estrategia para someter a la población por medio del terror. Las torturas eran violencias ejemplarizantes. La exhibición pública tenía como fin dominar a la población mediante el terror psicológico. Estas reflexiones ponían a la violencia en contexto político, llenando de esperanza a las víctimas, reconstruyendo su autoestima individual y colectiva para seguir exigiendo justicia. Este era un trabajo de tiempo completo y sin ninguna remuneración económica. Siempre he sido voluntaria del PCN y el trabajo que desarrollo como consultora social para ganarme la vida no me ocupa ni la mitad del tiempo que invierto en el trabajo comunitario.

En esta época también había carencias económicas. No tenía ingresos monetarios para cubrir los gastos fundamentales míos y de mi hija relacionados con alimentación, vivienda, vestuario, transportes, útiles escolares. Sin embargo, el trabajo en Derechos Humanos es una decisión de vida y es mi pasión ayudar y servir solidariamente. No descansaba hasta que hiciera algo significativo por la gente que necesitaba colaboración. En estas circunstancias, llegaba a la oficina y todos los días le pedía a alguien

el valor del transporte para pagar el taxi de ida o para regresar a casa. Así transcurrieron más de 7 años, hasta que llegó el momento de crisis en el que pensé *“estoy aquí, soy una profesional, ya estudié y sigo en la misma, pidiendo para el pasaje, pero esto es lo que me gusta hacer...”*. Entonces me fui de Buenaventura y me empleé en una Universidad, pero me sentía presa. Sentía que no hacía lo que quería hacer. Estaba cumpliendo un horario, me estaba ganando 2 millones de pesos que nunca me había ganado por estar sentada en un escritorio, sin hacer literalmente nada. Empecé a sentirme inútil, renuncié y me regresé de nuevo a Buenaventura, después de 4 meses.

En ese momento, en el PCN ya había algunos proyectos financiados por operadores y me vincularon por primera vez a un proyecto para coordinar el área social con un poco de ingresos. La situación era muy dura porque seguía somatizando todo y lo expresaba con problemas de insomnio y de colon... era dolor acumulado. Afortunadamente aún no estaba amenazada. Nadie me perseguía, nadie me molestaba. Tenía momentos de dolor, de tristeza, pero también tenía mis fugas, mis vías de escape. Vivía mi vida normal, aunque después ya no fue así.

El análisis de la violencia

En 2004, la dinámica económica portuaria de enclave se empezó a consolidar en Buenaventura. En ese año participé en un Diplomado de Derechos Humanos ofrecido por la Asociación Nomadesc. Uno de los ponentes hizo una lectura geopolítica de la situación en Buenaventura y la dinámica de los megaproyectos portuarios, que por entonces ya estaban planteados: Puertos de Tribugá y de Aguas Profundas. Explicó cómo la violencia criminal era la antesala para la consolidación de los puertos. En aquella sesión estábamos unas 45 personas, todas líderes del PCN pertenecientes tanto a la dinámica urbana como rural. Cuando terminamos el Diplomado, nos decíamos entre nosotros: *“¡Ese tipo está como loco!, ¿de dónde sacó todo esto?”*

Muchas personas olvidaron aquellos planteamientos. A mí me quedaron rondando en la cabeza hasta que un tiempo después dimos la primera lucha contra el establecimiento del Puerto de Aguas Profundas en Bahía Málaga, reserva natural con ecosistema marítimo biodiverso y muy importante (peces, criaderos, crustáceos, manglares, bosques de respaldo). Cuando se anuncia la construcción de este puerto, en 2006, la violencia en Buenaventura estaba disparada. En ese marco la comunidad de Bahía Málaga solicitó apoyo y entonces empezamos a ver el patrón: *“Ve, no se acuerdan que ese fue uno de los puertos que el señor del Diplomado analizaba porque este puerto de aquí ya no sería suficiente y necesitaban tener algo más afuera para que los buques de gran calado pudieran llegar con la carga”*.

En la Universidad San Buenaventura, sede de Cali, planteamos como acción política un foro para debatir sobre los impactos del nuevo puerto. A este espacio convocamos a la Comisión de Derechos Humanos del Senado colombiano y se debatieron los grandes y desproporcionados impactos tanto en la vida humana como en la biodiversidad que cohabitan en el territorio ancestral de Bahía Málaga. En este proceso logramos conjuntamente con las comunidades nativas, pobladoras ancestrales, blindar este territorio mediante el reconocimiento, por parte del Departamento del Valle y de la Nación, como área protegida para la conservación de la biodiversidad con la declaratoria de Parque Nacional Natural Uramba de Bahía Málaga. Así se impidió la consolidación del Puerto de Aguas Profundas y, aunque tuvimos unos años de calma, en 2013 comenzó la construcción del Puerto TCBuen, en el área urbana de Buenaventura, lo que nos confirmó que esta dinámica estaba directamente relacionada con la violencia extrema que estábamos viviendo, y con ella, el inicio de los megaproyectos portuarios.

Hasta entonces no lográbamos tener una mirada regional ni nacional de la situación y aunque teníamos el discurso sobre la violencia, no sabíamos muy bien a qué obedecía. ¿Cuál era el principal problema de Buenaventura?: la Violencia. Era un discurso planito, planito. Todas las personas que llegaban repetían lo mismo: el gran problema de Buenaventura es la violencia. Exigíamos su terminación sin hacer ningún análisis crítico y sin percatarnos que esa violencia no terminaría, pues es funcional al perverso modelo económico existente.

Como socióloga, hice la lectura del contexto y empecé a posicionar mi análisis estructural de lo que ocurría en Buenaventura mediante explicaciones sencillas y contundentes, en donde demostraba que ésta era una violencia institucionalizada, agenciada por el Estado, quien, por acción u omisión como garante de

los derechos, respaldaba a los grandes grupos empresariales. El Estado actúa legislando en beneficio de intereses particulares y usa la fuerza pública para vigilar, reprimir y amedrantar a las comunidades, líderes y lideresas que reclaman sus derechos ancestrales. Al mismo tiempo, es negligente en garantizar los derechos étnicos colectivos. Además, el análisis plantea que Buenaventura no es víctima de la violencia, es víctima del modelo de desarrollo, dado que la violencia no constituye un fin en sí misma, sino que es solo un medio, una estrategia para consolidar el modelo económico de enclave portuario. En este sentido, nos declaramos víctimas del desarrollo agenciado por el Estado empresarial, Estado y empresarios, quienes son los principales beneficiarios de la violencia exacerbada que se instauró y se mantiene en Buenaventura. Este análisis molesta mucho a los poderosos inversionistas porque devela quiénes son los verdaderos rostros de la violencia, los perpetradores, los autores intelectuales, y deja en un plano secundario a los ejecutores de la misma, los cuales a su vez son también víctimas de la necro política.

Las amenazas

La primera amenaza directa llega a mi teléfono celular en noviembre de 2015, a eso de las 17:30h., a través de un mensaje de texto cuando iba camino a la Universidad, mi sitio de trabajo. Decía: “*Danelly, ha llegado tu final*”. El mensaje llega a través de un código. Lo leí varias veces y tardé unos 20 minutos en darme cuenta de que se trataba de una amenaza. Pensaba: “*¿El final de qué?*”.

Envío el mensaje a un grupo que teníamos como Comité Interorganizacional y, en la valoración colectiva, los compañeros me confirman que se trata de una amenaza. Me comuniqué con una buena amiga que trabajaba en ACNUR¹⁷. Me dice que el código parece oficial, el utilizado para enviar mensajes a las personas que están en la Unidad de Víctimas, aunque yo no me había declarado como víctima de la violencia.

Mientras tanto, llego a la Universidad, con la certeza de la amenaza. Era el último día de clase del semestre. La clase fue majestuosa. Estábamos trabajando con los alumnos y alumnas la problemática local alrededor de las dinámicas del capital portuario, haciendo microsociología. Muchos docentes preferían estudiar a Durkheim, Weber, Marx, no abordaban la situación de Colombia y menos la de Buenaventura. En mi clase realizábamos análisis sociológico de Colombia y salidas de campo a la Buenaventura urbana, desconocida por los estudiantes que vivían en ella. Se observaba y razonaba críticamente la cotidianidad de la ciudad, visitábamos territorios que estaban en riesgo de despojo por los impactos de empresas como TCBuen, caso que yo más había estudiado y documentado, con el fin de que los estudiantes nutrieran el análisis planteado. Ese día expusieron sus análisis, aportes, reflexiones y debates en torno a ese tema, generándose una dinámica muy bonita. Aunque la clase llegó a su fin, el grupo de estudiantes siguió recitando versos y poesías y cantando canciones. Fue un trabajo pedagógico para entender la realidad que estábamos viviendo, muy conmovedor, ya que el dolor también se expresó en llanto como terapia colectiva. Me complace saber que después de este ejercicio de sensibilización y pedagogía, más de la mitad del curso decidió hacer su monografía sobre esta problemática, lo cual es mi indicador personal de que la tarea fue bien hecha.

Tras terminar la clase, fueron a recogerme dos compañeros, uno del Servicio Jesuita de Refugiados y otro de CODHES, en el *carro*¹⁸ de uno de ellos. Cuando los vi, dije “¡Guau! La cosa es en serio”. Nunca pensé que esto pudiera pasarme.

Llegué a casa y me comuniqué con mi amiga, quien me cuenta sus averiguaciones en la Unidad de Víctimas en Bogotá. Allí verifican el código y afirman que desde ese número no había salido ningún mensaje a mi número telefónico. Sin embargo, advierten que habían recibido avisos sobre la utilización de éste y otros códigos del Estado para realizar amenazas a personas en los territorios, es decir, que el código fue clonado.

Mi amiga me recomienda que haga mi maleta y vaya a su casa con mi hija, para analizar qué hacer. De repente, una voz distorsionada se interpone en nuestra conversación telefónica: “*Ya sabemos dónde*

17 Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados.

18 Coche.

estás, ya sabemos dónde estás". Me quedé paralizada. Mi amiga empezó a gritar. Ambas seguimos escuchando, hasta que no aguanté más y tiré el teléfono en la cama. Ella siguió escuchando. Fue horrible, lloré empujando objetos personales, desperté a la niña y mis amigos me llevaron a la casa de mi amiga.

Al día siguiente pusimos la denuncia en Fiscalía. Era claro que las intimidaciones estaban relacionadas con la incidencia política que habíamos hecho durante ese año para visibilizar que el puerto de Buenaventura no era una oportunidad, sino una amenaza para la garantía de nuestros derechos colectivos. Ese mismo año realicé la investigación "*Más Puerto, menos comunidad*", con el caso tipo de los barrios de la Inmaculada y Santa Fe, documentando los impactos negativos de la ampliación portuaria de TCBuen en estas dos comunidades. Este documento sensibilizó mucho a la gente que lo leyó, por cuanto estaba escrito en lenguaje sencillo, claro, ilustrativo e impreso en letras grandes y con fotografías. Además, se divulgó en la Universidad y comenzó a referenciarse¹⁹. También participé como investigadora local en el proceso investigativo "*Buenaventura, un puerto sin comunidad*" del Centro Nacional de Memoria Histórica. El libro ha tenido un impacto importante por cuanto aporta al esclarecimiento de la verdad en el contexto de la guerra colombiana. Además, en la presentación pública hice el discurso de lanzamiento, contundente y conmovedor, frente a un auditorio colmado. Para mí este acto fue una terapia llena de fuerza y esperanza²⁰.

Para ese tiempo ya habíamos hecho alianza con la Taula Catalana per la Pau i els Drets Humans a Colòmbia, que estaba realizando investigaciones sobre las inversiones de la marca Barcelona y los impactos que estaban generando en otros territorios. De ahí nace la investigación "*Asedio a las comunidades. TCBuen, una empresa catalana en Buenaventura*", en la que también participé.

Fueron 3 investigaciones importantes y la realización de una gira de incidencia política en Europa. Fue la primera vez que estuve en Barcelona. Logramos que el Parlamento Catalán emitiera una resolución en la que se comprometen a crear un Observatorio para hacer seguimiento a las empresas catalanas que invierten en el extranjero, y se toma como caso tipo a Buenaventura, por ser uno de los mejores documentados. Estas acciones molestaron mucho a los empresarios de TCBuen. Además, mis análisis críticos como "*Víctimas del desarrollo*", con argumentos potentes y contundentes, así como ser referenciada permanentemente por las comunidades barriales como una persona conocedora y documentadora de sus problemáticas, desencadenaron más amenazas. Primero se las hicieron a una lideresa del barrio La Inmaculada y, más o menos a los 15 días, me llegaron a mí.

Primer desplazamiento

En este contexto, decidimos que lo mejor era salir de Buenaventura por un mes y medio. Era Navidad y en diciembre la institucionalidad está ausente, por lo que el contexto es de mayor vulnerabilidad. Si algo me llegaba a suceder, no tendría respaldo alguno.

Regresé el 15 de enero. Por recomendación de ACNUR, ya habíamos solicitado el esquema de seguridad²¹, implementado por primera vez en el mes de marzo del 2016. Seguí mi vida dinámica, ya que se decidió no bajar el perfil como estrategia de autoprotección. Hicimos la audiencia sobre "*Víctimas del desarrollo*", citada por la Comisión de Derechos Humanos del Senado de la República, sesionando

19 Danelly Estupiñán Valencia. MÁS PUERTO; MENOS COMUNIDAD: impacto de la estrategia económica de ampliación portuaria en Buenaventura. Caso: barrio La Inmaculada Concepción, Comuna Número Cinco de Buenaventura. <https://renacientes.net/blog/2019/03/30/mas-puerto-menos-comunidad-impacto-de-la-estrategia-economica-de-ampliacion-portuaria-en-buenaventura-caso-barrio-la-inmaculada-concepcion-comuna-numero-cinco-de-buenaventura/>

20 Asociación NOMADESC. Informe: Buenaventura un puerto sin comunidad. 21 jun. 2015. <https://www.youtube.com/watch?v=2GwDpMWy0Ms>

21 La Unidad Nacional de Protección (UNP), adscrita al Ministerio de Interior, es el organismo de seguridad encargado de desarrollar estrategias para el análisis y evaluación de los riesgos, amenazas y vulnerabilidades de personas, grupos y comunidades, como consecuencia directa del ejercicio de sus actividades, e implementar las medidas de protección individuales y/o colectivas correspondientes. Los servicios de protección de los derechos a la vida, la libertad, la integridad y la seguridad son comúnmente denominados "esquemas de seguridad" y pueden variar, según el nivel de riesgo, desde la dotación de móviles o botones del pánico, hasta coches blindados y escoltas armados.

en la Universidad del Valle, sede Pacífico, en Buenaventura. En esta ocasión contamos con la presencia de una delegación catalana integrada, entre otras personas, por parlamentarios y parlamentarias. Allí, a pesar de las amenazas, y por solicitud de la gente, hice la presentación de lo que estaba pasando en los barrios, dejando atrás el miedo y afirmando mi compromiso de continuar trabajando contra la injusticia²².

Seguidamente se desarrollaron acciones para visibilizar internacionalmente mi caso conjuntamente con la Taula Catalana, que expresó contundentemente que cualquier situación que atentara contra mi integridad personal estaba relacionada con mi trabajo como activista de Derechos Humanos. Este comunicado sirvió muchísimo como mecanismo de contención frente a las amenazas. Estuve tranquila dos años.

Paro Cívico para vivir con dignidad y en paz en el territorio

En Buenaventura las organizaciones de base decidimos juntarnos para organizar un proceso que se denominó **Paro Cívico para vivir con dignidad y en paz en el territorio**. El objetivo era avanzar colectivamente en un pliego de exigencias al Gobierno central por el Estado de Cosas Inconstitucionales²³ que se estaba viviendo en Buenaventura, sumada en una crisis de más de 30 años, una crisis acumulativa que afectaba desde derechos fundamentales no garantizados como la salud, la vivienda o la educación, hasta situaciones que pasan por la tenencia de la tierra. Finalmente, en el mes de mayo de 2017, se decide parar Buenaventura. Fue una protesta social que estuvo legitimada colectivamente por el pueblo. Este proceso se convirtió en un referente obligado, pues literalmente partió la historia: antes del paro y después del paro.

Inicialmente estuve en la Mesa de Territorio, una de las reivindicaciones fuertes del PCN. Durante las manifestaciones pacíficas empezaron a presentarse graves violaciones a los derechos humanos por parte de la fuerza represiva del ESMAD²⁴ y vimos la necesidad de crear una Mesa de Derechos Humanos, donde estaban sentados representantes del Gobierno, relacionados con temas de protección, y nosotras, como organizaciones de bases y líderes articuladas a dichas organizaciones. El 19 de mayo del 2017, día en que se presentaron graves alteraciones del orden público, saqueos y robos originados por personas que fueron infiltradas al interior del **Paro Cívico** con el objetivo de deslegitimar la protesta social, la Mesa comienza a operar.

Paralelamente, ya habíamos constituido un espacio autónomo llamado Veeduría de Derechos Humanos. La Veeduría empezó a realizar registros y a documentar las violaciones que se estaban presentando en los barrios, los hospitales, los puestos de salud. Visitamos a las personas heridas, qué tipo de heridas tenían, quién las había agredido, cuál era su situación emocional y jurídica. Empezaron a darse detenciones masivas. Se participaba en las audiencias donde se estaba judicializando a la gente. Fue un trabajo muy dispendioso. Queríamos visibilizar, a través de comunicados, lo que estaba pasando al interior de Buenaventura. Que se supiera en todo el país de la violencia estatal ejercida solo porque un pueblo marginalizado, empobrecido, segregado y violentado había decidido ejercer el derecho constitucional a la protesta social y pacífica, reclamando por esta vía derechos fundamentales como el agua potable. En una ciudad con 11 cuencas hidrográficas, el agua no llega a las casas, pero a las empresas y hoteles, sí.

La protesta duró 22 días con sus noches. Las calles fueron transformadas literalmente en un campo de batalla. Fuimos combatidos como delincuentes por parte del ESMAD: hubieron muertos, jóvenes que perdieron sus ojos, jóvenes heridos con balas de fusil. Sin embargo, finalmente, siendo firmes en saber lo que merecíamos, logramos que el Estado se sentara a negociar nuestro pliego de exigencias. Se constituyó un escenario de relacionamiento permanente para resolver las situaciones fundamentales de Buenaventura, la negociación de las exigencias o derechos duró cinco días. Era transmitida por televisión local y esto activó más al pueblo. Sintonizaban el canal local para sentarse días y noches enteros a ver la negociación. Uno de esos días, el Estado no quería ceder en el reconocimiento de derechos

22 Asociación Nomadesc. AUDIENCIA PÚBLICA VÍCTIMAS DEL DESARROLLO Y ESTADO DE COSAS INCONSTITUCIONALES EN BUENAVENTURA. 28 jun. 2016 <https://www.youtube.com/watch?v=8H8JM3FTPm4&t=80s>

23 La sentencia T025 de 2004 de la Corte Constitucional declaró el "Estado de Cosas Inconstitucionales" en Buenaventura.

24 Escuadrón Móvil Antidisturbios, unidad especial de la Policía Nacional.

en la mesa de negociación y como no había transporte público, de forma espontánea, el pueblo de Buenaventura se volcó en una gran marcha. Llegó como una gran ola cientos de personas a la plazoleta del hotel donde se desarrollaba la negociación, cantando al unísono la consigna de la protesta: “**Vamos pueblo, carajo; el pueblo no se rinde, carajo; por Buenaventura, carajo; para que nos respeten, carajo...**”. Movieron la emotividad de los compañeros y compañeras del Comité del Paro que estaban negociando. Les dimos fuerza y respaldo y volvieron a la Mesa más esperanzados después de ver y sentir esa majestuosa manifestación de indignación colectiva.

Tengo el orgullo y el privilegio de hacer parte de esta experiencia de gobernanza comunitaria, étnica y popular. El proceso del Paro Cívico es un escenario de Gobierno propio y Democracia legítima que define las obras públicas, planea proyectos ambientales, sociales, culturales y económicos para tener una Buenaventura con dignidad, dado que hasta entonces los gobiernos locales habían sido incapaces de administrar los bienes públicos a nuestro favor, robando por muchos años el dinero que estaba destinado a garantizar nuestros derechos fundamentales (salud, educación, vivienda, deporte), usando los recursos públicos como plata de bolsillo, traficando con nuestros derechos colectivos e individuales. Los últimos cinco alcaldes han estado vinculados en delitos de corrupción y enriquecimiento ilícito y los tres últimos están en la cárcel. Por ello, el movimiento propuso un candidato para que fuera el primer alcalde cívico de Buenaventura y complementar la protesta social con el ejercicio de un gobierno decente. Afortunadamente, lo logramos.

Los seguimientos

A pocos días de la firma del Acuerdo del Paro Cívico, empezamos a notar que había personas, hombres blancos con determinadas características (porte militar, forma de vestir, de actuar), que comenzaron a seguir nuestras rutinas. Los empezamos a ver por todos los lados: en restaurantes, en la calle, en los espacios de reunión, en los puntos de encuentro. Siempre estaban haciendo fotografías y vídeos nuestros. Los seguimientos tenían un patrón: sitios específicos y personas concretas, especialmente las que hacíamos parte de la Veeduría.

Esos seguimientos se denunciaron en la Mesa de Derechos Humanos, donde converge el Gobierno con la comunidad organizada. Se expresó que la situación era tan grave que esos hombres llegaban hasta las viviendas de algunas compañeras, tomaban fotografías, realizaban planos, nos seguían en motocicletas. Al posicionar públicamente la situación, se logró controlar. Se hicieron casi 3 mesas para abordar este tema. En ese tiempo, el asedio más fuerte era contra María Miyela Riascos, integrante del comité Ejecutivo del Paro Cívico ante la Mesa de Derechos Humanos. Los asedios continuaron desde mayo hasta diciembre de 2017. Entonces, cuando los seguimientos comienzan a centrarse en mí, el ACNUR me recomienda salir del país. Habíamos hecho varias declaraciones, ruedas de prensa a nivel nacional, habíamos salido en noticieros a exponer la situación. En julio fui ponente ante la CIDH²⁵ en la sección extraordinaria que se desarrolló en Perú. Allí expuse la grave situación que vivió Buenaventura en el marco de la protesta social.

Me acojo a la recomendación del ACNUR y salgo del país en julio de 2018 en el marco del Programa Vasco de Protección para Defensoras y Defensores de Derechos Humanos del Gobierno Vasco. Desde enero hasta julio de 2018 en que se produce mi salida continúan los seguimientos. Sin embargo, hasta entonces no había tomado ningún registro de ellos. En diciembre, cuando regresé del País Vasco, no se dio ninguna situación extraordinaria, o al menos yo no me percaté de ella. Sin embargo, a partir de enero de 2019 empecé a percibir nuevamente los seguimientos, y es ahí cuando decido empezar a tomar un registro y recopilar pruebas.

El proceso judicial

En la Mesa de Derechos Humanos decidimos entregar las pruebas que tenía consolidadas a agentes del CTI²⁶ que estaban llevando una investigación sobre las violaciones de Derechos Humanos durante

25 Comisión Interamericana de Derechos Humanos

26 Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía General de la Nación.

el Paro Cívico y posteriores al mismo. En ese marco, soy seleccionada para realizar una entrevista de contexto, que son entrevistas cualificadas a personas que han liderado procesos históricos de defensa de derechos humanos en Buenaventura, que han profundizado en el análisis de las violencias, de manera que les sirven para armar el contexto de la investigación. Brindo el testimonio en diciembre de 2018, recién regreso a Buenaventura del Programa Vasco de Protección. Les hago una panorámica de la relación entre la violencia y el modelo económico, y entrego las primeras pruebas a una agente del CTI de Buga. La Fiscalía solicita que se haga una ampliación de la misma, en febrero de 2019.

En la segunda entrevista me preguntan por nuevos seguimientos. En esos dos meses seguí recabando pruebas y las entregué. En ese momento, el agente a quien entrego ese nuevo consolidado, me informa de que no hay pruebas anteriores adjuntas a mi expediente. Aquello me sorprende y lo pongo en conocimiento de la Veeduría de Derechos Humanos.

A inicios de junio me notifican que debo presentarme en la Fiscalía para una Audiencia de Conciliación porque tengo dos demandas por los delitos de calumnia e injuria. Por recomendación de mis abogados, de ONU Derechos Humanos, la Veeduría de Derechos Humanos del Paro Cívico y el PCN interpongo un derecho de petición para conocer mi situación, quiénes son los demandantes y qué pruebas tienen en mi contra.

En la respuesta recibida, los demandantes manifiestan ser investigadores del CTI pero no existe ningún documento que los acredite como tal. Según el análisis de la situación, suponemos que ambos tuvieron acceso a las pruebas entregadas y se anticiparon a demandarme ya que los seguimientos que me estaban realizando son ilegales, pues no se ejecutan en el marco de una investigación oficial. Esto devela que la hipótesis que estábamos manejando en la Veeduría de Derechos Humanos sobre que estos seguimientos estaban siendo realizados por agentes del CTI, por la forma y el modo en que los desarrollaban, pero prestando un servicio a un actor privado, toma más fuerza. Tras la respuesta al derecho de petición, no hemos vuelto a recibir llamadas para reprogramar la Audiencia.

Es entonces cuando organismos internacionales de protección que acompañan mi caso me recomiendan hacer pública esta situación. El PCN contacta con el periódico El Espectador, le presentamos el caso y deciden hacer un artículo detallado²⁷.

Tras esto, sufro varios incidentes de seguridad. Durante un viaje con mi hija a Cali en fin de semana, sufro un allanamiento en mi casa. Notifico este hecho a la Defensoría del Pueblo, ONU Derechos Humanos y Programa Vasco de Protección, pero no lo pongo en conocimiento de las autoridades competentes porque desconfío de la Policía y de la Fiscalía local, por los antecedentes de seguimientos ilegales a mis rutinas que vinculan a estos entes, y por la citación a la Audiencia de Conciliación por el delito de calumnias e injurias.

Días después, recibo una llamada de una persona que hace parte de los procesos organizativos de Buenaventura. Me comenta que en el barrio Punta del Este alguien vio circulando una foto mía y que escuchó que era *“la nueva ficha por la que están pagando para asesinar”*. La persona que dio la información añadió que *“debía asegurar las ventanas y puertas de mi casa muy bien, que no era necesario que me fuera de Buenaventura, que me matarían porque había entregado unas pruebas contundentes a la Fiscalía que comprometían a personas de mucha plata y poder en Buenaventura”*.

Tras esto, recibo sugerencias de mi organización y de la Defensoría del Pueblo para desplazarme de Buenaventura por un tiempo corto. Esa noche me hospedaron en el hotel Torre Mar, ubicado en el centro. Al día siguiente, veo desde el balcón un vehículo negro con vidrios polarizados. La camioneta permanece por unas dos horas sin que nadie salga o ingrese por lo que informo a mi esquema de que hay un vehículo sospechoso, indicándole que me recojan en otra cuadra. Cuando cuelgo el teléfono, la camioneta se mueve hacia ese lugar. Vuelvo a contactarme con mi esquema y finalmente la camioneta

27

<https://www.elespectador.com/colombia2020/territorio/agentes-del-cti-asedian-una-lideresa-social-de-buenaventura-articulo-868728>

<https://www.bluradio.com/nacion/me-amenazan-por-mis-denuncias-la-situacion-portuaria-lideresa-de-buenaventura-pcfo-219389-je4370686>

<https://www.youtube.com/watch?v=g4Xx10nRmYU>

se va con rumbo desconocido. Decido llamar a la Defensoría del Pueblo para que me acompañe en la salida del hotel. Desde entonces no he regresado a Buenaventura. Solamente el 25 de agosto de 2019 para participar una actividad comunitaria en el Barrio de la Paz, con el acompañamiento de PBI²⁸.

Las afectaciones

Las afectaciones son integrales. Todo esto me ha generado una desestabilización emocional. Es mucha presión sentir que alguien te está siguiendo, hay muchas preguntas: *¿Para qué?, ¿qué quieren?* Los seguimientos pueden materializarse, fundamentalmente, en 2 agresiones: un falso positivo judicial o un asesinato. Por tanto, siempre estás con la incertidumbre: *¿es hoy el día que toca del asesinato?, ¿es hoy el día que me van a capturar?* Es demasiada presión, y obviamente eso me roba mucha energía y calma, pero también me quita mucho tiempo, mucho tiempo: adelantarme a las cosas, estar cuidándome, estar respondiendo derechos de petición, registrar los casos. Ese tiempo lo usaba para otras cosas, para mí, para mis temas académicos, formativos, organizativos. Prácticamente ya no tengo tiempo para nada. Tengo que estar las 24 horas del día cuidándome. Ya no tengo vida social. Mi esquema de protección es básico. Si me percato de algo, se lo traslado y ellos lo corroboran, pero no tienen iniciativa propia, no toman registros. A veces pregunto y me dicen: *“Doña Danelly mire, vimos esto”*. Les pregunto por foto o registros y no los hacen, a menos que yo lo pida, entonces me toca cuidarme a mí.

Además, los seguimientos se han centrado en mi hija. Eso me ha desestabilizado mucho. La hipótesis de que sea un falso positivo judicial la descarto porque, si fuera así, me seguirían solo a mí, pero, ¿por qué a mi hija? Es una niña, a ella no le van a meter un rollo de temas judiciales. Entonces la hipótesis se acerca más a un posible asesinato que puede estar pensándose para ella o para mí. Para ella como un mecanismo de presión hacia mí. Eso emocionalmente me agota mucho y tengo que dedicar mucho tiempo a mantenerme estable porque finalmente los seguimientos son una estrategia de tortura psicológica, una estrategia de presión para desestabilizar emocionalmente, intimidar. Hay que tener una lucha por permanecer cuerda y distinguir entre la realidad y lo que una cree que puede pasar.

Mi experiencia de comprensión de la violencia política es lo que me permite mantenerme estable. Pero es muy agotador, porque ya no puedo llevar una vida normal, no tengo vida social, no salgo. En Buenaventura solo iba a la oficina a cosas de trabajo, viajaba por cosas de trabajo. Mi casa era una cárcel. No me asomaba a las ventanas, no salía al balcón, no iba a la terraza. Estaba siempre dentro de mis 4 paredes y eso pesa mucho porque se pierden los círculos.

Nosotros acá somos más de la interacción. Yo no soy tanto de trasnochar, ni de fiesta, pero sí tenía mis espacios sociales, los cuales hoy no puedo compartir. Hoy no tengo prácticamente interacción con nadie. No tengo la posibilidad de salir con mis amigas, de andar con mis amigas, de hablar con ellas, de compartir libremente con mi hija y familiares. Me ocupa mucho tiempo pensar qué hacer para contrarrestar lo que se puede venir, o prepararme también espiritualmente para lo que se pueda dar. Si es una muerte, pues estar tranquila con la gente que me rodea, con las cosas que hago, con lo que pienso. Es muy agotador y doloroso, ya estoy cansada.

Soy madre soltera, mi hija se crió conmigo. Sin embargo, en julio de 2019 acordé con el padre de mi hija que, debido a la situación de seguridad y agotamiento, la niña viviría con él. Salí de Buenaventura por un mes largo y al volver, retomé mi trabajo organizativo, pues es mi decisión de vida.

Me ha tocado separarme de la Buenaventura de mi niñez y esto duele mucho. Duele no poder olerla, ver sus colores, saborearla y disfrutar el sofoco del día a día, refrescado en momentos por la bondadosa brisa marina. Yo amo a Buenaventura y la extraño infinitamente. Nunca en mi vida he pensado vivir sin ella y sueño locamente en volver, en cuerpo, como lluvia, como mar, pero volver.

Afortunadamente no han podido matarme. Dios gobierna mi existencia, me cubre con su amor y guía mi espíritu. Saldré de esta esfera solo cuando él lo defina. Mientras tanto, seguiré aferrada a mis ansias de justicia que afortunadamente son superiores al miedo.

Estrategias de protección

Por mi experiencia de vida acompañando a víctimas durante 15 años, algunas de ellas en situación de riesgo alta, he aprendido que, en la protección, el cuidado emocional tiene un lugar fundamental. Estoy haciendo un esfuerzo muy grande por alimentar lo emocional y lo espiritual. Este es mi propósito, mi sostén principal.

Estoy recurriendo a terapias alternativas, hidroterapias, terapia neural, para mantenerme más equilibrada; a la coloterapia, porque soy muy visceral. Todo lo que pasa en mí se manifiesta de una manera bien compleja: inflamaciones del colon, dolores de espalda. Estoy frecuentemente monitoreándome, aplicándome sueros, vitaminados. Pondero mucho el cuidado del cuerpo y el alma, como una táctica de autocuidado.

En cuanto a medidas físicas, desde lo individual, sigo tomando registros de los hechos, documentando lo que está pasando. Generalmente aquí, en Colombia, la Fiscalía dice que las y los líderes sociales exageramos, que denunciarnos y nunca tenemos pruebas. Pero yo tengo pruebas. Siento que esto es una estrategia de autoprotección. Si no baja los riesgos, tampoco los aumenta. Debería disminuirlos porque esas pruebas pueden convertirse en un mecanismo de contención de las personas que están detrás. En Colombia cualquier cosa puede pasar, pero siento que esto ayuda.

También tengo cuidado con las medidas cotidianas. Tengo protocolos: no salgo ni viajo de noche, evito lugares abiertos, he reforzado la seguridad en la casa. Tengo esquema de protección, pero tomo mis propias medidas: antes de salir de la casa monitoreo la calle, me ubico en un lugar alto donde pueda mirar toda la panorámica, qué *carro* hay cerca, qué no hay, si puedo bajar o no. Estoy pendiente de los vehículos. También he puesto cámaras dentro de la casa.

Decido salir de Buenaventura porque en estos momentos la situación de orden público en los barrios está muy compleja. Es igual que en el 2000, 2002, 2004, 2007. Y ahorita peor porque no son solo los grupos paramilitares sino también hay dinámicas guerrilleras. Hay una disputa por el control territorial de ciertos barrios entre el ELN²⁹ y las FARC³⁰. Además, está el brazo armado del Estado, que combina con la acción paramilitar. La situación está muy tensa. Y muchos son niños, de entre 12 a 17 años. Niños que no miden los riesgos, no tienen miedo.

La reubicación temporal: Programa Vasco de Protección

A nivel personal me sirvió para alejarme del contexto de tensión tan fuerte que vivía aquí en Colombia, no solo por los seguimientos, sino también por las mismas medidas de protección que tengo desde hace más de 3 años, que se convierte también en un tema complejo de manejar porque una aprende a no andar sola, a depender del cuidado de otros. Ir allá me hizo entender esto. Yo ya no salía a caminar sola, siempre con alguien detrás, cuidando mi espalda. Por esto, la acogida en el Programa me dio cierto respiro. Pero una no logra desconectarse totalmente de la situación. Siempre está la angustia de querer volver, de hacer algo, de aportar. Pero el solo hecho de estar en otro territorio genera cierta tranquilidad emocional, cierto reposo, cierto descanso. Re-energiza. Salí en una etapa en que estaba muy baja de energía y al regreso llegué con las pilas más encendidas. En ese sentido, ayuda bastante.

La familia también se tranquiliza porque los primeros que no quieren que una haga lo que hace es la familia. Ni los empresarios, ni el Estado. La familia. Estar fuera les tranquiliza más a ellos que a una misma. Yo creo que los mayores beneficiados son ellos.

Organizativamente está el vacío del rol que una juega en la organización, de lo que una hace, pero esto también permite que la organización cree nuevos mecanismos que permitan cubrir esa ausencia. Cuando volví había compañeras asumiendo parte de lo que yo hacía, y eso sirve muchísimo a la organización. Porque a veces, cuando una es muy apasionada, acapara cosas y se cansa más. El trabajo se fortaleció mucho, sobre todo en territorios urbanos. Hubo dos compañeras que estuvieron

29 Ejército de Liberación Nacional

30 Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

asumiendo más de lleno la situación y esto te hace ver que si por alguna razón te toca salir, el trabajo no se debilita porque hay gente dispuesta a asumir los riesgos y a aportar. Vitalizó el proceso. Creo que la estadía y la acogida han sido fundamentales. Siempre será una alternativa.

Las convicciones en la defensa de los derechos humanos

Todo lo que se vive es un aliciente más. Nada de lo que pasa, ni las amenazas, ni los seguimientos, las masacres, el reclutamiento de niños, las casas de tortura, la crueldad... nada de eso será nunca razón suficiente para declinar frente a la búsqueda y conquista de nuestros derechos. Al contrario, debe convertirse en un aliciente, una motivación más. Porque, en últimas, es la vida la que está en riesgo, la de todos y todas. Si una baja los brazos, yo creo que comete un error grande, un error irremediable porque es la posibilidad de sentar una postura frente a esa defensa de la vida, ajena, pasiva, conforme con el mal. Si luchamos por una vida mejor, cuando ya no estemos, estoy segura que nuestro espíritu caminará tranquilo porque no dejó cosas pendientes.

Yo soy consciente de una de las cualidades que me donó Dios. Él me dio el poder de la palabra, de movilizar con ella, esa es mi fuerza divina interna y yo sé muy bien cómo usarla. Si no la uso, si no la pongo al servicio de la gente, simplemente estoy poniéndome del lado de los que están generando tanto daño, porque con mi silencio, con mi falta de actuar, con mi indiferencia, cultivo el daño. Prefiero estar siempre a este lado del escenario de la defensa y la reclamación de los derechos porque, aunque pareciera imposible, es vital participar activa y decididamente de las transformaciones sociales. Finalmente, algunas personas viven gracias a las luchas de otras. Yo estoy hoy aquí gracias a mis antepasados que no se rindieron, que lucharon por su libertad, que se liberaron del sistema económico esclavista, crearon espacios libertarios denominados *palenques* y modelaron allí la vida que deseaban para nosotras y nosotros. Sin condiciones, sin leyes a favor. Siempre me pregunto: si ellas y ellos lo lograron, desmontaron un sistema y rompieron las pesadas cadenas, ¿por qué razón yo tengo que auto esclavizarme? Si todas bajamos los brazos, todas estaríamos sometidas. La participación es algo vital y una a lo vital no renuncia. No tengo ni la posibilidad, ni la intención de hacerlo. Debo estar siempre en la postura de defensa de la vida pues en esencia eso somos.

He aprendido que muchas veces una cree que la defensa de los derechos humanos está solo ante la cabeza de los líderes sociales, de los líderes comunitarios, de las lideresas que vamos y hablamos, pero este año me ha servido para darme cuenta de que hay otras personas, desde otros escenarios, que no tienen la chapa de líder o lideresa social, que hacen un trabajo muy importante, de una u otra manera, fortalecen lo que hacemos. Y eso es un aliciente. He conocido, por ejemplo, periodistas que, desde su trabajo, evidencian la realidad, porque les duele. Cada reporte que hacen de una situación de violencia que es tan fuerte, en contextos súper hostiles, les pone también en riesgo, pero, sin embargo, deciden hacerlo público y con sus artículos, con sus noticias, se enfrentan a empresas, empresarios, grupos armados, políticos. Hoy tengo una comprensión más amplia de las personas defensoras.

Esta experiencia vital la comparto sobre todo con mis compañeras de organización, y eso me ayuda muchísimo, la convergencia y el compartir siempre es una posibilidad de mantener. Y aquí, en la organización, particularmente con compañeros y compañeras con las que más tenemos afinidad, es muy fácil entendernos, porque es un dolor compartido. Pero también un sueño compartido. Lo que yo sueño, lo sueña Leyla. Al igual que a mí me duele lo que pasa en Buenaventura, le duele a ella. Así, es muy fácil que ella entienda lo que yo estoy viviendo. No es un duelo personal, sino colectivo. Me tocó vivirlo en carne propia, pero no es un duelo de lo que le pasa a Danelly, por lo que paso yo pasan cientos de mujeres lideresas en Colombia. No soy una súper defensora, soy parte de una etnia oprimida y también soy parte de los seres de esa etnia que no están dispuestos a someterse. En este momento, mi afectación no es porque a mí me están persiguiendo. Yo me voy, me exilio y pueden dejar de perseguirme, pero la gente sigue sometida a esa situación de desesperanza. Eso seguirá doliendo aún en el exilio. Yo no habito en los barrios que acompaño, podría estar ausente de esa realidad, pero no podría hacerlo porque aprendí a vivir para servir, como me enseñó mi madre.

Todas las organizaciones tenemos diferentes propósitos. Aquí hay organizaciones que trabajan con niños y niñas, con mujeres, en la defensa del territorio. Y todas libran sus propias batallas. Pero todas,

al final, van en función de mantener la concreción del Estado Social de Derecho. Nosotras decimos “*si no lo reclamamos, el Estado no lo concreta*”. Por tanto, lo que hacemos es un aporte al Estado Social de Derecho para que sea lo que promete ser constitucionalmente. Aunque esa concreción sea a medias, garantiza ciertas cosas que sirven no solo para la comunidad negra, sino para el conjunto de la población colombiana que se ve beneficiada de esa voz, de esa lucha, de esa protesta, de esos golpes que nos dieron a nosotras. En últimas, la gente recoge sus frutos, y va viendo cómo el Estado va brindando ciertas garantías, de aquello que nos ha prometido ser en el papel. Exigimos al Estado cumplir desde esas luchas y esa convergencia colectiva.

Las luchas de las mujeres negras

Las mujeres ponemos nuestra emocionalidad en todo. Los hombres también la tienen, pero no la expresan, la reprimen o no la expresan naturalmente. Ellos beben y nosotras lloramos. El llanto limpia y el licor emborracha. Ser emocionales nos permite ser más apasionadas, más contundentes, más coherentes en la reclamación de nuestros derechos. Los hombres negros tienen sus prioridades y estas están basadas en sus privilegios, en lo que han tenido o no tienen. Puede ser la defensa de la tierra como algo físico, pero la lucha nuestra no es por la tierra física, es por poseer pues nos han negado todo. Nosotras luchamos con ellos por este propósito, pero después de luchar nos desconocen. Entonces, también nos toca luchar por poder vivir como mujeres en la tierra que no poseíamos, por expresarnos como mujeres, por tener un lugar digno dentro de nuestro propio pueblo. Esta es la lucha que a ellos no les interesa, les aterra, les angustia y es allí donde se manifiesta la incoherencia de los líderes afrocolombianos. Las mujeres somos buenas y útiles siempre y cuando nos sumemos y asumamos la defensa de los derechos colectivos, pero cuando empezamos a reclamar derechos como mujeres, nos cercenan, nos relegan, nos apartan y nos estigmatizan. Les cuesta entender que vivimos doble opresión, porque ellos se benefician de nuestra opresión como mujeres en el marco del sistema patrilocal.

Las mujeres que poseemos el don de la palabra, combinamos muy bien la elocuencia con la pasión y la emotividad. A ellos les molesta porque lo ven como debilidad. Las mujeres logramos ser más contundentes que ellos en el discurso porque ellos no están dispuestos a sacar esa carga adicional de emotividad y pasión. Eso nos ayuda mucho a mover a la gente, a tocar a la comunidad y conquistar más corazones para este propósito. Yo creo que parte de la imagen que tiene PCN en Buenaventura, lo representa a través de mujeres como Leyla. Escuchar hablar a Leyla es un deleite, ella moviliza con su discurso. Con ella aprendí que el discurso es una herramienta movilizadora, ella siente lo que dice y eso colectiviza el discurso. Cuando las mujeres negras hablamos, hablamos con todo el cuerpo. Se habla con el corazón, con la mente, con los ojos, con las manos. Si toca llorar, se llora. No es una muestra de debilidad, al contrario, es una capacidad maravillosa. Por Buenaventura hemos llorado infinitas veces. Estamos dispuestas a llorar por Buenaventura, a decir que amamos a Buenaventura, declararle nuestro amor a Buenaventura y lo hacemos sin problema, cuando hay situaciones complejas nos encontramos para llorar juntas.

Es una terapia súper linda, yo soy súper llorona, pero la gente que no me conoce tiene una imagen de mí parcializada, dicen que soy peleona. Yo no peleo, yo defiendo derechos. Piensan que soy brava, que no cocino, que no abrazo ni beso, y en realidad soy más dulce que la miel gracias a Oshun³¹. En estos días se atrevieron a decirnos a Leyla y a mí si nosotras besábamos a nuestras parejas. Nos ven como seres de otro planeta. Eso me da mucha risa, la heteronormatividad posee a nuestros compañeros. Para muchos no somos mujeres porque cumplimos un rol político y hacemos cosas que socialmente se les permite solo a los hombres: pensar políticamente, debatir, analizar y sobre todo hablar con contundencia, no le ahorramos la verdad a nadie y con respeto a cada uno se le da lo que le corresponda. El tema es que cuando toca hacerlo, toca hacerlo. Y ellos poco lo hacen porque dentro de la diplomacia, mantienen una rigidez. Nosotras sabemos hasta dónde llega la diplomacia y dónde se está comprometiendo la dignidad. No es un tema de insultar a nadie. Es un tema de ser muy coherente con la palabra, muy expresiva, como herramienta de lucha y si la gente se ofende pues pierde, porque se llenan de rencor y pierden el hilo de la discusión. Definitivamente nuestra emocionalidad es totalmente política.

31 Diosa de origen africano que gobierna las aguas dulces. Es la diosa de la dulzura, el amor y la feminidad.

Así que la diferencia entre mujeres y hombres es en mayúsculas. Lo que hemos visto es que, al interior del PCN, los mayores riesgos se centran en mujeres, en las mujeres que tienen el poder de la palabra y el convencimiento: Francia, Sara, Tulia, Leyla, Luz Mary, Pepa, yo. Y me pregunto: *¿Qué es lo que ellos perciben? ¿Qué es lo que quieren contrarrestar?* La ideología que se expresa a través de ese discurso. *¿Quién emite ese discurso?* Una mujer que habla con todo su cuerpo, con sus ojos, con sus manos, con su boca, con todo. Y eso es lo que quieren combatir. Y cuando se combate eso, nos afecta sustancialmente a nosotras, porque somos motores, vivimos para servir, el servicio comunitario es un estilo de vida, distinto a lo que piensan las feministas no comunitarias.

Así como los riesgos, los dolores también son más fuertes para nosotras. Para ellos existe un desconocimiento de lo que nosotras representamos. A veces, lo perciben como un obstáculo muy fuerte. Saben que está la capacidad de trabajo, de movilizar, pero les molesta el desafío.

La reparación colectiva

Yo no separo lo individual de lo colectivo. El esfuerzo que hacemos es para que se comprenda que las personas que estamos en este tipo de trabajo no tenemos un problema personal con nadie. Yo, Danelly, no tengo un problema personal con los grupos armados, ni con los empresarios. Los territorios que yo defiendo no son mi finca, ni siquiera tengo casa propia, aun arriendo la tierra donde vivo.

Defendemos derechos territoriales colectivos, para nosotras. La reparación individual se da siempre y cuando los derechos colectivos sean restituidos. Es decir, no es el derecho a la tierra de Danelly, o la casa de Danelly, es la restitución de la tierra que está siendo despojada colectivamente en Buenaventura para dar paso a una estrategia de expansión portuaria. Yo seré restituida, compensada y reparada, siempre y cuando esos derechos colectivos sean restituidos de manera integral a la comunidad negra de Buenaventura en su conjunto, niños y niñas, jóvenes y personas adultas, en los territorios ganados al mar, en los territorios rurales. Si se hace una distribución equitativa del territorio, una parte para el puerto y otra para la comunidad, en un lugar donde podamos vivir tranquilamente, beneficiando esa vida comunitaria que históricamente ha estado ahí, eso sería una medida de restitución colectiva y con esa medida yo me declaro restituida, así no tenga casa propia.

No se trata de medidas individuales, no se trata de ponerme un esquema de protección, necesito que dejen tranquilo el territorio de Buenaventura y que la gente pueda vivir en su tierra como ha vivido siempre. Que pueda visitar los barrios, cruzar las fronteras invisibles que en este momento existen, bañarse en esas aguas en las que ahora no me puedo bañar, ir a visitar a mis amigas. No se trata de recibir un reconocimiento personal. No lo necesito. Como ciudadana es mi deber luchar por la justicia y como humana gozo luchando por lo que me corresponde. Que me reconozcan a mí por hacer lo que socialmente o cívicamente debo hacer, como una persona más de la comunidad, me parece hasta incoherente, porque toda persona debería estar dispuesta a hacerlo. Lo que estamos reclamando está en el marco de la legalidad, de la legislación colombiana. Si eso se da, nosotras felices y listas, sin ningún problema. Haciendo una restitución colectiva estarían restituyendo también mis derechos individuales.

Tenemos derecho a ser lo que somos: a vivir aquí, a hablar como hablamos, a comer lo que comemos, a bailar lo que bailamos, a vestirnos como nos vestimos, a enamorarnos como nos enamoramos. Tenemos derecho a nuestra identidad sin que eso suponga una ofensa para nadie, ni para las personas turistas que llegan, ni para los empresarios, para nadie. Tenemos derecho al territorio, a tener nuestras casas como las hemos hecho históricamente. Exigimos respeto a la forma de vivienda propia o ancestral, sin que se relacione con la pobreza y la mendicidad. La madera es un recurso natural que está aquí y nosotras decidimos usarlo. La vivienda de madera es más fresca, y la hemos heredado de nuestras abuelas y abuelos. No nos tienen por qué borrar una práctica cultural.

Tenemos derecho a la participación y a la organización, a planear cómo queremos Buenaventura a futuro, cómo la visionamos desde nuestra propia cosmovisión. Nadie puede venir e implantar ningún plan de desarrollo. Si el pueblo de Buenaventura no quiere 15 puertos a su alrededor ni la instalación de una zona franca para la construcción de un gran malecón, está en su derecho legítimo a decir que no, a autodeterminarse y plantear lo que quiere hacer. Nosotros somos los dueños de Buenaventura porque

la hemos construido con nuestras propias manos. Y finalmente tenemos el derecho a la autonomía, a definir cómo queremos vivir, dónde queremos vivir y de qué manera queremos hacerlo. Eso son los derechos colectivos.

El papel de la comunidad internacional

En este marco, el papel del acompañamiento internacional es de contención de la represión de las dinámicas estatales y paraestatales. No puede garantizar derechos, el garante de derechos es el Estado, y los Estados son independientes. Tampoco puede evitar que las políticas económicas que ya están dispuestas para los territorios se desarrollen. Pero sí puede contribuir a generar mecanismos que protejan los derechos, o exigirlos, a través de observancias, acompañamientos, peticiones, restringiendo el aporte económico que pueden hacer, poniendo condiciones al Estado. En últimas, lo que hacen es crear mecanismos de regulación. Y estos se convierten, de una u otra manera, en una estrategia de protección para nosotras. El acompañamiento internacional tiene cierto poder de contención frente a la fuerza del Estado que, a sangre y fuego, busca consolidar su dinámica económica. Por ejemplo, lo que ocurrió con Puertos de Barcelona. A través de nuestro trabajo de incidencia con políticos catalanes se ejerció presión sobre la empresa en relación con sus inversiones en un territorio donde se estaba desplazando a familias, dañando viviendas, donde se había eliminado la posibilidad de sustento a tantos pescadores y pescadoras. La presión hizo que ese capital se invirtiera en otro lugar y, de cierta manera, eso se convierte en un antecedente para las inversiones: yo invierto en usted, pero garantíceme al menos lo mínimo, que usted con esto no va a hacerle más daño a la gente, sino que va a crear condiciones de vida digna.

Finalmente, ese es el rol que se juega. Un rol estratégico que puede no ser tan trascendental, y que depende de la voluntad de los gobiernos, de la cooperación internacional, de las organizaciones internacionales, pero, si se piensa bien, si se estructura, se puede convertir en una estrategia de contención.

Los aprendizajes

Una de las cosas que más he reflexionado en los últimos tiempos es que la institucionalidad es un sistema que está conformado por personas. Y esas personas pueden tener tendencias que pueden beneficiar o no, de cierto modo, las luchas comunitarias. Cuando empiezas en esto, tomas distancia y ves a la institucionalidad allá, al Estado allá, y nosotras acá. El Estado es mi enemigo, mi contradictor, tiene unos objetivos distintos a los míos por lo que le miro siempre con esos ojos, con esa prevención. En esa estrategia política, nos hemos ido dando cuenta de que hay personas muy sensibles que hacen parte de la institucionalidad, que comprenden, entienden y pueden ayudar. De hecho, han ayudado mucho. En esta lucha podemos tener aliados entre los funcionarios del Estado. Están allí cumpliendo un rol, pero son personas éticas que entienden lo que estamos viviendo.

Otro gran aprendizaje es que ninguna lucha puede librarse solo desde lo físico. Tiene que haber una combinación de fuerza física y espiritual, una compenetración de ambas. De lo contrario, no lograremos avanzar en la concreción de nuestros derechos porque el sistema, en el marco de una estrategia de guerra, tiene como objetivos debilitar el ser, deteriorar la moral y la dignidad de las personas que decidimos resistir. Así que un propósito debe ser fortalecer el ser. Que nada de lo que pase, por muy feo, por muy cruel, por muy deshumano que sea, nos lleve a nosotras, a las comunidades en resistencia, a responder con la misma agresividad y la misma violencia física. Cuando eso ocurre, ellos han ganado. Lo que nos mantiene firmes es resistir desde estrategias pacíficas de lucha. Y ahí está la música, el canto, el poder de la palabra, el baile. Todo traduce amor, la lucha cantada, la resistencia cantada y bailada, esto es espiritual y a los enemigos de la alegría les molesta ver una negra feliz, pero además les molesta vernos felices en medio de tanto dolor. Pero, como dice el alcalde electo de Buenaventura con dignidad, *“Dios se vino a vivir a Buenaventura”*.

La oralidad tiene un lugar importante para nosotros. Es nuestra única herramienta, la que moviliza. Nosotras nunca empuñaremos un arma para defender lo que dignamente nos merecemos, por eso nos apartamos de los grupos armados. Los grupos armados, sean llamados rebeldes con causa o sin causa, nunca han estado dentro de mi imaginario como algo positivo. Y en estos quince años de

trabajo comunitario, corroboro eso. No ha servido de nada. Cuando una mira la historia que se ha vivido en Colombia, con grupos al margen de la ley desde hace más de 50 años, se pregunta en qué ha cambiado la realidad colombiana esa lucha armada. Y no la ha cambiado en absolutamente nada. Ellos consideran que la nuestra, que es una lucha que moviliza a través del discurso, de las acciones, de la palabra, tampoco lo ha hecho. La diferencia está en que el otro mata, y se echa encima dolores ajenos. Yo prefiero quedarme al lado de acá. La lucha armada no es una alternativa para conquistar lo que dignamente nos merecemos.

También he aprendido que ni yo, ni ninguna persona, es indispensable en ningún proceso. Los procesos son una combinación de fuerzas, sueños, aspiraciones, vivencias colectivas. Yo solo soy un grano de arena en un universo de personas que creemos que merecemos vivir de manera distinta, y tratamos de dar nuestra vida por construir ese mundo distinto.

No soy indispensable en esta lucha. Puedo estar, tener fuerza, ser muy inteligente, tener muchas cualidades, aportar, movilizar, pero en el momento en que no esté, esto no se va a debilitar. Y parte de esto lo aprendí con el asesinato de Don Temis³². Para Leyla y para mí, Don Temis era una persona muy importante. Una noche hablábamos y me decía: *“Con el asesinato de don Temis tuve que aprenderme todos los nombres de las leyes, y todo lo que las leyes decían, todo lo que él sabía. Como yo no lo sabía, y él lo sabía, para mí era indispensable que él estuviera en todo espacio”*. Don Temis hoy no está, y como no está, nos vemos en la obligación de aprender lo que él sabía. Van a hacer ya dos años de su asesinato y su lucha no ha muerto. Los territorios no los han despojado, el pulso sigue, la lucha sigue. Nos lo mataron y, aunque nos hace falta y era un elemento importantísimo para movilizar y una persona muy importante para nosotras, no era determinante para continuar, porque no declinamos. Esto me sirve para, si en un momento dado tomo la decisión personal de irme por un tiempo, sea una decisión personal o motivada por la presión que estoy viviendo, esto va a continuar, no soy imprescindible.

Todo eso puede estar ligado al tema de los egos. Pero yo creo que tiene más que ver con lo que una decide ser. Cuando a las compañeras Sara y Tulia³³ las tomaron presas, ellas habían decidido salir del territorio. Yo veía a Sara hablando del río Mira, denunciando, eran cosas tan fuertes... que yo la miraba y pensaba, *“¿por qué no deja de hablar de eso? Ya salió del territorio, ya está acá, si es tan peligroso, ¿por qué habla? En algún momento, hasta llegué a juzgar, “¿será que no quiere perder la vocería, el status que tiene de lideresa y por eso arriesga tanto su vida?, ¿es el ego tan grande que necesita seguir hablando para sentirse importante?”*. Después encontré la respuesta. No es un tema de egos, es una decisión vital. Por un lado, no puede quedarse callada porque eso la ahoga. Pero, además, es lo que ella ha sido, lo que ella es. Ha aportado a su comunidad y su comunidad la reconoce por eso. Tiene derecho a ser reconocida por lo que es, por lo que hace de manera desinteresada. El reconocimiento que tiene en el territorio no lo tenía en Cali. Y ella es lideresa porque es una lideresa de Tumaco, no de Cali. Si ella va a Cali y deja de hablar de Tumaco, dejar de ser lo que es.

Por tanto, no somos fundamentales en la lucha, pero la gente merece reconocimiento. Y ese reconocimiento lo tiene una en el territorio. Yo me voy de Buenaventura y no soy nadie. Aquí todo el mundo me quiere, todo el mundo me conoce, todo el mundo sabe quién es Danelly. Escriben sobre mí, me invitan a cosas, hay bibliotecas comunitarias con mi nombre. Pero cuando salgo a Bogotá, no soy nadie, porque yo soy lo que soy aquí. Y quiero seguir siendo lo que soy aquí porque es la imagen y es la vida que he construido en un territorio. Cuando salgo, nadie me reconoce como una persona importante en la vida comunitaria. Cuando me desplazo lo que me quitan es también eso, el reconocimiento, lo despojan. Y eso no es ego, eso hace parte de la opción de vida que una ha construido, y de la imagen a partir de las relaciones que se tejen.

32 Don Temistocles Machado fue un líder comunitario de Buenaventura, uno de los impulsores del Paro Cívico para vivir con dignidad y en paz en el territorio (2017), asesinado el 27 de enero de 2018.

33 Sara Quiñones y Tulia Valencia son dos lideresas del Consejo Comunitario Alto Mira en Tumaco, acusadas de pertenecer al Ejército de Liberación Nacional (ELN), en un proceso que las mantuvo en la cárcel durante año y medio y que las organizaciones sociales han definido como “falso positivo judicial”. En el actual contexto de conflictividad socio-política en Colombia se viene desarrollando una política de Estado que utiliza la detención masiva y arbitraria y la apertura de procesos judiciales contra las personas que defienden los derechos humanos como estrategia para desarticular los procesos de resistencia.

El futuro

Los tiempos son adversos y el futuro pudiera parecer desesperanzador. Pero también he reflexionado sobre algunas cosas. La violencia en Buenaventura ha sido constante, continua y prolongada. Ha tenido matices, etapas y momentos de tránsito. Lo que estamos viviendo hoy no es distinto a lo que se vivió en el 2000. Lo que se vivió a finales de los 90. Y tampoco es diferente a lo que vivieron nuestros ancestros y ancestras cuando llegaron aquí y les tocó enfrentarse con los españoles.

Frente a esto, hemos logrado vivir en el marco de esas incertidumbres históricas y somos producto de quienes han resistido para que nosotras estemos aquí. Mis abuelos fueron mis puentes. Nuestro deber es sembrar la vida y luchar como lucharon nuestros ancestros y ancestras para que pudiéramos habitar este territorio que después de casi 600 años sigue siendo habitado mayoritariamente por comunidad negra. Debemos seguir sembrando nuestra semilla para no vaciar Buenaventura, para no irnos, para no desplazarnos, para seguir aquí.

En el mar de desesperanzas en el que vivimos, no tenemos más opción que resistir, como lo dice Leyla. No hay ninguna otra, porque si no resistimos, desaparecemos. Y no queremos desaparecer. Queremos seguir bailando, comiendo nuestro pescado, nuestra piangua, el camarón. Si nos vamos, simplemente desaparecemos.

Lo que defendemos no es solo una tierra, es un espacio de vida que tiene todo lo que necesitamos para vivir. Tiene mar, tiene ríos, tierra, peces. En ese sentido, parte del compromiso es mantener esos ecosistemas de vida, esas distintas formas de vida en concordancia con la nuestra, la vida humana, para que podamos seguir siendo el territorio, no la tierra de Buenaventura, sino el territorio de Buenaventura. Y que podamos seguir viviendo de manera plena en él. Seguir enamorándonos, seguir viviendo, seguir bailando, ¡tan rico que bailamos!, seguir comiendo.

La resistencia es nuestra única opción. Nosotras decimos que resistir no es aguantar. Resistir es enfrentarse a las políticas adversas del Estado, es reclamar lo que justamente nos merecemos a pesar de los embates que hay en los territorios, no desocuparlos, mantenernos allí habitándolos. Es eso, permanecer en el territorio, permanecer creando condiciones dignas. Y el mensaje es ese. Que estemos aquí, que ese sueño se puede materializar, que tiene que ser una aspiración colectiva. Es mi sueño y trato de caminar en él. Y finalmente, en algún momento, ese sueño, con mucha fuerza y mucha energía, podrá cristalizarse, materializarse, en un bien común. Esta lucha no se acaba, no se puede acabar, por los derechos de las y los negros que debemos reclamar, así dice una Mayora del río Anchicayá.

